

**OBRAS
ESCOGIDAS**



Emá, una jovencita chilena que vive en la República Dominicana porque su padre trabaja allí, ha invitado a una amiga a pasar sus vacaciones en Chile. En Santiago se hacen amigos de un grupo de jóvenes, entre los que está Sofía. A ésta la han infiltrado unos narcotraficantes, quienes la utilizan sin que en un principio ella se dé cuenta. Emá y sus amigos tratan de que Sofía tome conciencia de la difícil trampa en que está y buscan la manera de librarla de aquella. Para eso recurren a toda clase de acciones, incluso con serio riesgo de sus vidas.

Angélica Dossetti nació en Santiago en 1973. Estudió Trabajo Social, pero su verdadera vocación son las letras, las que la sedujeron desde la niñez. Su primer libro, *¡Hay que salvar a Sole!*, ha sido muy bien recibido por los jóvenes y educadores por lo novedoso de su trama, la inclusión de los temas e intereses que hoy atraen a los niños y por los valores que encierra.

CÓDIGO 6641

I.S.B.N: 978-956-12-1878-9



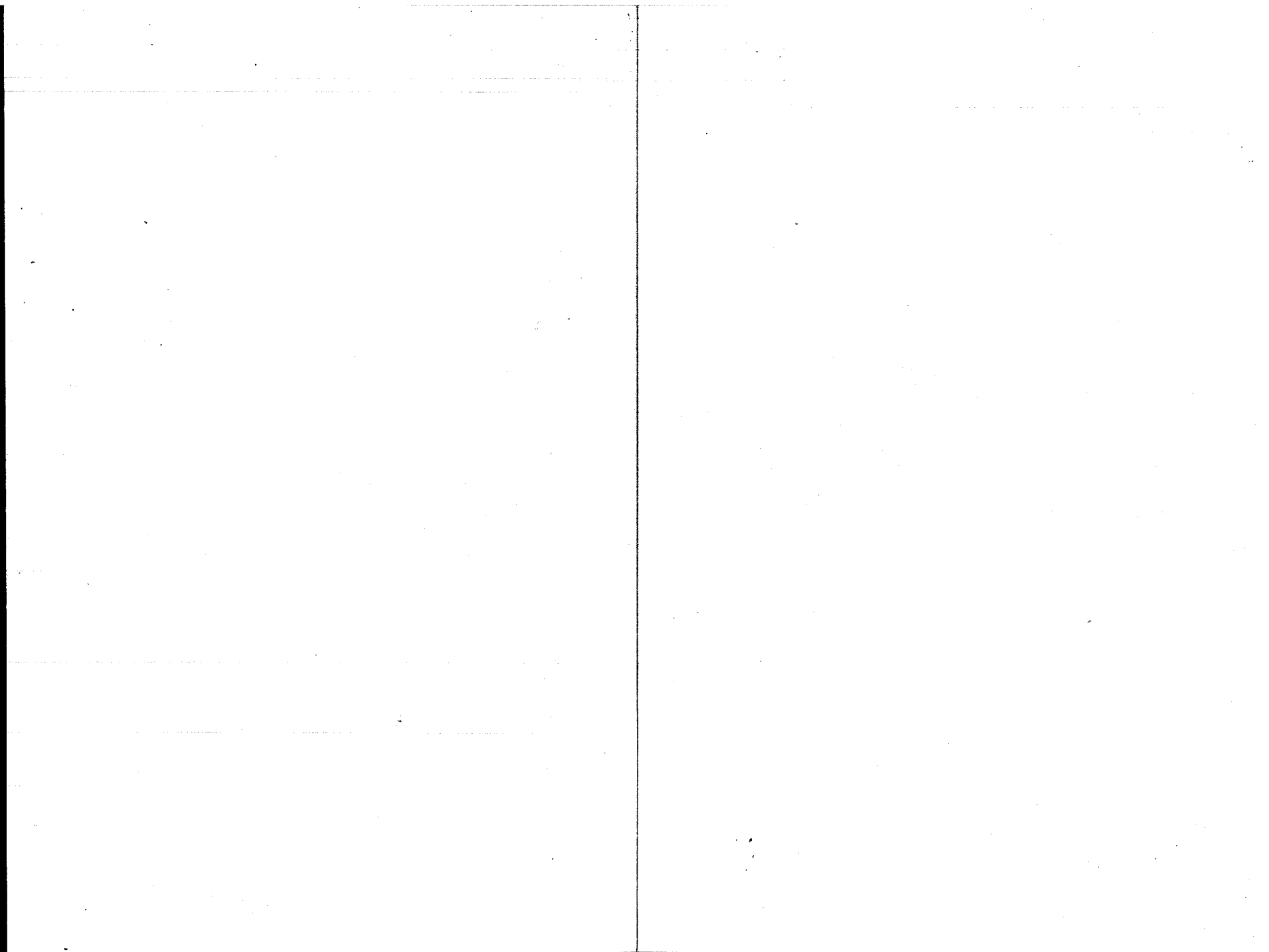
9 789561 218789



TODO POR UNA AMIGA

ANGÉLICA DOSSETTI





TODO POR UNA AMIGA

ANGÉLICA DOSSETTI

ILUSTRACIONES DE
ALFREDO CÁCERES



Delfín de Color
I.S.B.N.: 978-956-12-1884-0.
14ª edición: abril de 2015.

Obras Escogidas
I.S.B.N.: 978-956-12-1878-9.
15ª edición: abril de 2015.

Gerente editorial: José Manuel Zañartu Bezanilla.
Editora: Alejandra Schmidt Urzúa.
Asistente editorial: Camila Domínguez Ureta.
Director de arte: Juan Manuel Neira.
Diseñadora: Mirela Tomicic Petric.

© 2006 por Angélica Dossetti Calderón.
Inscripción N° 163.546. Santiago de Chile.
© 2013 de la presente edición por
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Inscripción N° 234.449. Santiago de Chile.
Derechos exclusivos de edición reservados por
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.
Teléfono 562 228107400. Fax 562 228107455.
E-mail: zigzag@zigzag.c / www.zigzag.cl
Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo
ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio
mecánico, ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia,
microfilmación u otra forma de reproducción,
sin la autorización escrita de su editor.

Impreso por Salesianos Impresores, S.A.
General Gana 1486. Santiago de Chile.

Dedicatoria
A Paula y Normi.

He comprado este cuaderno para usarlo como diario de vida cuando esté de vacaciones en Chile. Tengo tantas ganas de ver a mi familia y a mis amigos que quiero anotar todo lo que me pase para que no se me olvide nunca más.

Ema S.

VIERNES 10 DE JULIO

Nuevamente vuelvo a escribir un diario porque me quedó gustando esto de anotar lo que me pasa. Me imagino que veré estos cuadernos cuando esté viejita y talvez me ría de todo lo que lea en ellos o, por último, podré recordar cómo es ser chica. En una de esas, si los leo cuando tenga hijos, no seré tan pesada con ellos.

He vuelto a Chile por vacaciones de “verano-invierno”, porque en Dominicana es verano pero aquí es invierno. Terminó el año escolar y hasta pasé de curso.

Tenía muchas ganas de pasar un tiempo en mi país, no porque no me guste estar en el hotel que administra mi papá en Republica Dominicana, donde estamos viviendo hace casi un año, sino que se extraña

lo que se deja cuando una está lejos del país donde ha nacido; se valoran hasta esas cosas que antes te cargaban, como el smog, por ejemplo.

Pude venir gracias a que mis papás quisieron premiarme por pasar de curso, pues todos en casa estábamos casi seguros que repetiría el año; no es que sea mala alumna o floja, no. Creo que se me hizo difícil acostumbrarme a un país tan distinto, aunque en un comienzo una crea que vivir en Dominicana es mejor que vivir en Chile porque en las fotos lo muestran igual que el paraíso, lleno de palmeras y playas hermosas. Para peor, como a mis papás se les ocurrió ponerme en un colegio inglés, sin que yo supiera nada del idioma, resultó más complicado aún. Cuando supe que había pasado a octavo de intermedio, no lo podía creer y, para mayor sorpresa, me dieron una medalla por el esfuerzo hecho durante el año.

La miss dijo en la ceremonia del último día de clases, cuando me estaba entregando el premio, que “es admirable ver cómo se superó una niña extranjera en nuestro colegio, sorteando todas las dificultades que se le presentaron en el año académico” y otras cosas más. Claro que todo en un inglés que, por suerte, ya puedo entender algo gracias a la ayuda de mi amiga Ana con el idioma.

Como mis papás no daban más de felicidad por el premio, me preguntaron qué quería hacer en las vacaciones. Yo creo que ellos pensaron que me quería quedar tirada en el hotel haciendo vida de turista, pero la verdad es que tenía tantas ganas de ir a Chile, de ver a mis amigos y a mi abuela, que no dudé ni un segundo y les dije: “Quiero pasar las vacaciones en Chile con la Normi”. Mi mamá me miró con cara de espanto y no me dijo nada hasta bien tarde en la noche, cuando me llamaron al living para hablar.

—¿Estás segura que quieres ir a Chile, Ema; no te gustaría más hacer otra cosa? —me preguntó mi papá, con ese tono de voz de “mejor cambia de idea”.

—Sí, yo quiero ir a Chile, ver a mis amigos, sentir un poco de frío, ver nuestra casa y traerme unas pocas cosas que dejé y que necesito —le contesté, decidida.

—Pero, mi vida, ahora no podemos viajar; el papá tiene más trabajo que nunca y yo apenas estoy comenzando a trabajar aquí —se excusó mi mamá.

Es verdad que en Dominicana los meses con más turistas son junio, julio y agosto. Las playas, los hoteles y la gente que trabaja en ellos se dedican por completo a conseguir huéspedes. Como mi papá es gerente en uno de esos resorts bacanes, nos tuvimos que ir a vivir al Caribe. Más encima, a mi mamá se

le ocurrió buscar trabajo, con tan mala suerte para mí que lo encontró en una agencia de turismo en Punta Cana, justo cuando yo quería que fuéramos a Chile. Yo hasta estaba dispuesta a ir con mi hermano Nico, que tiene tres años y lo único que hace es molestarme todo el tiempo. Al menos el trabajo de mi mamá queda cerca de casa y tiene el mismo horario que yo en el colegio, así la sigo viendo lo mismo que antes.

—Pero me puedo ir sola —les dije, esperando que empezaran con eso de que soy muy chica, que si el avión se cae y todas esas cosas que dicen los papás para que se te quiten para siempre las ganas de hacer algo. Porque resulta que para algunas cosas eres chica, pero para otras eres grande, como para ordenar tu dormitorio o como para cuidar al Nico, por ejemplo.

Mis papás se quedaron callados un buen rato dándose miraditas dudosas, hasta que el silencio, que ya me tenía enferma, se rompió:

—Estuvimos hablando con tu mamá sobre el viaje —me dijo mi papá, ceremonioso— y creemos que te lo mereces, pero no puedes ir sola. Llamamos a tu abuela por teléfono y como ella no puede venir por ti, pensamos que tal vez, si hablamos con la mamá de Ana, tu amiga te podría acompañar.

Apenas terminó la frase mi papá me paré de mi asiento y les di un tremendo beso a cada uno y me fui soplada a llamar a Ana para preguntarle si quería ir conmigo a Chile. Ella quedó súper entusiasmada y su mamá no puso ningún problema con lo del permiso para viajar conmigo; qué suerte tiene mi amiga de tener una mamá tan relajada, que no se complica por nada ni le dan susto los aviones ni nada por el estilo. Sólo nos recomendó que nos cuidáramos y que no nos metiéramos en líos.

Hoy, al llegar a Chile, me puse súper contenta al ver a mi abuela esperándonos en el aeropuerto con esa cara de perdida de siempre. En cuanto me vio, corrió a mi encuentro y nos dimos miles de besos y abrazos. También saludó súper cariñosa a Ana, como si la conociera de toda la vida, mirándola como si también fuera su nieta, mientras le hacía cariño en su piel color chocolate y le estiraba sus rulos de resorte. Después, mi abuela nos llevó en su auto hasta su casa en el barrio Ñuñoa, en el centro de la ciudad. Allí nos tenía preparado un dormitorio para las dos, con una cama para cada una y un televisor de esos bien viejos, porque todo lo que tiene la Normi es del año de la pera. Cómo será que esta tele ni siquiera tiene control remoto y para cambiarle los canales una se tiene que

levantar de la cama. Pero no importa, porque igual estoy feliz de ver a mi abuela, de sentir el olor a pan tostado que siempre tiene y de quedarme en su casa.

(EN LA NOCHE)

Ana está contándole a la Normi todas las historias de África que le cuenta su papá en los correos electrónicos que le manda (como él es diplomático en Tanzania, siempre le manda historias entretenidas a mi amiga, que se ha hecho súper famosa en el colegio por las cosas raras que cuenta). Mi abuela está tan encantada con Ana que creo que hasta se ha olvidado un poco de mí.

No me acordaba mucho de esta casa pues siempre era mi abuela la que nos iba a ver a Calera de Tango, en donde vivíamos antes de irnos a Dominicana. Me he dado como veinte vueltas mirando todos los adornos que tiene la Normi en las mesitas: campanitas de todo tipo, caballos, cajitas y otras tantas cosas que no las podría anotar porque se me terminaría el cuaderno. La casa es un poco grande para que viva una persona sola; antes estaba mi abuelo Pepe, pero se murió cuando yo era guagua, así que sólo lo conozco por fotos. En esta casa crecieron mi mamá y mi tía Paula, y me las imagino jugando con los adornos o corriendo por el patio. La casa está en un condominio que tiene la



forma de la letra L, siendo la última y la más escondida de todas. Es de color palo de rosa, con una terraza a la entrada que está llena de maceteros con plantas. Lo que me gusta de esta casa es que tiene una cocina súper grande, en donde la Normi se instala a prepararnos cositas ricas, mientras Ana y yo nos sentamos a la mesa del comedor de diario a conversar con ella. En el patio hay dos terrazas llenas de esos muebles de fierro decorados con flores de color blanco y mesitas de vidrio, dos árboles tan frondosos que en verano no dejan pasar ni una pizca de sol, pero que en esta época sólo se le ven las ramas peladas llenas de unos loritos argentinos que son plaga por estos lados, aunque yo los encuentro tan lindos que lo único que deseo es poder atrapar a uno para conocerlos más de cerca. El jardín es precioso y siempre ha sido la envidia de mi mamá, porque a ella no le resulta cultivar ni maleza.

Desde que llegamos ha estado lloviendo y no hemos podido salir a recorrer la ciudad para mostrarle a Ana todos esos lugares de los que le he hablado tanto. Por eso quiero que pare esta lluvia, pues no es igual como cuando llueve en Dominicana: allá, aunque sea pleno invierno, hace mucho calor, y como Ana no está acostumbrada al frío me da miedo que se enferme.

SÁBADO 11 DE JULIO

Hoy la Normi nos despertó con desayuno en cama, con sopaipillas, porque dice que es casi obligación prepararlas cuando llueve. Ana nunca antes había comido esas masas fritas y las encontró muy ricas; la entiendo porque aunque las haya comido mil veces antes, igualmente me encantan. Me daba tanto gusto contarle a mi amiga que en Chile la gente acostumbra a comer estas cosas en invierno, más aún cuando llueve; era algo así como comer mandioca en Dominicana. Después a la Normi se le ocurrió que la acompañáramos a la calle Rosas, ya que necesitaba comprar unos hilos y unos botones. Le dio lo mismo que estuviera lloviendo; nos pasó a cada una unos impermeables de plástico y un paraguas y nos fuimos en Metro hasta la famosa calle. Ana estaba encantada de andar en Metro porque en Dominicana no existen estos trenes subterráneos (antes de venirnos de vacaciones vi en las noticias de la tele que estaban planeando construir uno en Santo Domingo, que es la capital de República Dominicana). No era la primera vez que me subía en estos trenes, pero antes eran mucho más cómodos; ahora de verdad es un desastre porque, por culpa del Transantiago, sacaron

un montón de micros y resultó que el Metro se saturó. En realidad, es casi como estar en Dominicana en uno de esos días más calurosos: todos se suben amontonados empujando como locos y, como afuera está lloviendo, todos los pasajeros andan mojados y con los paraguas chorreando, mientras las ventanillas de los vagones se empañan con la humedad. Con tanta gente junta, el calor era insoportable, y aunque Ana y yo estamos acostumbradas al calor húmedo, mi abuela no, así es que nos tuvimos que bajar tres estaciones mas allá de donde nos subimos, pues la pobre ya no podía respirar.

Llegamos harto maltratadas al centro de Santiago. Ana estaba sorprendida y se quedaba pegada en cada esquina mirando los edificios, las micros, los vendedores ambulantes, todo. La gente también la miraba a ella, como que les llamaba la atención ver a una niña negra en un país donde la mayoría es blanco o moreno, o quizás nos miraban con esas caras raras por lo ridículos que nos quedaban los impermeables plásticos de color amarillo que la Normi nos obligó a ponernos.

Ana vive en Higüey, una ciudad chica comparada con Santiago, y aunque conoce Santo Domingo, la capital de Dominicana, nunca ha vivido ahí.

Realmente sale muy poco porque, a pesar que su papá trabaja como diplomático y que su mamá se da los tremendos viajes de retiro a cualquier parte del mundo; nunca la invitan.

—¿Te gusta Chile? —le preguntó la Normi a Ana, con una risita en los labios.

—Sí, es bien lindo —respondió Ana, con la mirada perdida en el infinito del cielo.

—Te voy a llevar a muchos lugares que no conocen los turistas —le dijo la Normi, y me dio miedo de imaginarlas metidas en las ferias persas o en las picadas que ella siempre nombra. Yo prefería mostrarle el lado lindo de Santiago, pero creo que mi abuela no tiene la misma idea.

Nos dimos un montón de vueltas en la famosa calle Rosas, que nos encanta porque está llena de tiendas con cosas para hacer manualidades como botones, hilos, tijeras y otras tantas que no sé para qué sirven. La Normi compró muchas cosas y tuvimos que regresar a la casa cargadas de bolsas que, por suerte, sólo ocupaban espacio aunque pesaban poco.

Al llegar a casa, Ana acompañó a la Normi para ayudarla a ordenar las compras mientras yo me quedé sentada en un sillón junto a la ventana que da a una de las terrazas, mirando como jugaban en

el patio las mascotas de mi abuela. Me tinca que yo salí a la Normi por lo fanática que resulté para los animales: en su casa tiene tres perras –dos poodles y una fox terrier– y tres gatas. Todas tienen nombre de personas o “nombres cristianos”, como dice mi abuela, y de verdad que su casa parece un zoológico, con escándalos todo el día porque las perritas son un poco neuróticas. A la más viejita, que tiene diez años y se llama Javiera, no le gustó nada nuestra visita y anda todo el día tratando de mordernos; la Normi no se hizo problema, la retó y después le puso un bozal para que se quedara tranquila. La fox terrier se llama Rebeca y es muy linda y maternal: está todo el tiempo cuidando a la Silvia, una gatita negra con las patitas blancas de dos meses que mi abuela encontró botada y que se lo pasa llorando. La otra perrita poodle tiene diez meses, es gris y tan, pero tan tierna, que nosotras le pusimos Peluche aunque en realidad se llama Violeta. Úrsula se llama la gata grande blanca de ojos azules y es tan altanera que se lo pasa de techo en techo y sólo baja para pedir comida y que la cepillen. Estella, una gatita rayada de cuatro meses, también es recogida de la calle y es muy agradecida porque siempre está con la Normi sobajeándose en sus piernas. Nunca me había estado en un lugar con

tantos animales y eso me encanta porque, como quiero ser veterinaria, aquí tengo muchos animales para ir practicando o, al menos, intentaré educar a la Violeta, que está en la edad justa para aprender algo.

Cuando estábamos tomando onces –mi abuela nos hizo un delicioso queque con nueces– le rogué a la Normi que mañana nos llevara a mi colegio para que Ana lo conociera y yo pudiera ver a mis antiguos compañeros. Me dio la impresión que no tiene muchas ganas pues salió con que es demasiado luego, que tenía muchas cosas que hacer, que estaba muy lejos y todas esas cosas que dicen los adultos cuando no quieren ir a algún lugar. Insistimos tanto con Ana, que la convencimos y nos prometió que si el día estaba lindo iríamos. Ahora estamos rogando para que salga el sol o que, por lo menos, pare de llover. Estoy tan emocionada de sólo pensar en ver a mis amigos que creo que no podré dormir.

LUNES 13 DE JULIO

¡Qué día! Nos despertamos súper temprano y lo primero que hice fue correr la cortina de la ventana del dormitorio, con los ojos cerrados y los dedos cruzados, rogando que no estuviera lloviendo. Parece

que Dios escuchó nuestros rezos porque, aunque todo se veía mojado en la calle, ya no caía nada de agua. Ana y yo nos levantamos lo más rápido que pudimos y nos presentamos en la cocina de punta en blanco. Mi abuela nos estaba preparando el desayuno y cuando la quedamos mirando con cara de “¿vamos a ir, verdad?”, dando un suspiro nos dijo:

—Está bien, está bien, después del desayuno iremos al famoso colegio.

Ana y yo no pudimos contener un grito de emoción.

Salimos de la casa a media mañana. El camino era largo ya que en ese tiempo yo no vivía en la ciudad y tanto mi casa como mi colegio estaban en un sector en las afueras de Santiago llamado Calera de Tango. Nos demoramos como una hora en llegar —con mis papás siempre nos demorábamos bastante menos— porque la Normi maneja tan despacio que desde los demás autos le tocan la bocina y le hacen gestos feos por la ventanilla. Parece que le da lo mismo: ella ni se inmuta y sigue manejando como tortuga mientras escucha en la radio unos cassettes de un artista que no sé cómo se llama.

Al llegar al colegio me dio un cosquilleo en la guata, contenta de imaginar las caras de mis compañeros cuando me vieran después de tantos meses. La Normi

se quedó en la recepción mientras una inspectora nos acompañó a través de los pasillos en tanto mi amiga miraba hacia todos lados con cara de curiosidad. Me pareció un poco chico, todo amontonado en cuatro pisos, con galerías hacia un patio central en donde se ubican el gimnasio, el casino y unas pocas canchas deportivas. No sé cómo antes lo podía encontrar grande. Comparado con el Higüey's British School en dónde estudio en Dominicana, que es inmenso, tipo colegio gringo, con canchas de lo que pidas, piscina y prados gigantescos, mi antiguo colegio me pareció muy chico.

Cuando llegamos a la sala del que fue mi curso, la inspectora golpeó la puerta y salió la tía Claudia, mi profesora de matemáticas. Me quedó mirando sorprendida y luego me dio un tremendo abrazo; parece que una tiene que irse del colegio para que demuestren que la quieren. Después de los saludos, le presenté a Ana y entramos las tres a la sala.

—¡Niños!... ¡Niños! —la tía Claudia se dirigió a voz en cuello al curso, pero parece que mis antiguos compañeros seguían siendo tan desordenados como antes, porque no le hacían ni caso—. ¡Niños... miren quién nos vino a visitar! —y ahí sí que nos vieron.

Todos nos quedaron mirando, aunque yo creo que más por Ana que por mí. La Maca, que era mi

mejor amiga, se paró de su asiento y me fue a saludar hasta con lágrimas en los ojos. Después hicimos un círculo de conversación y nos comenzaron a hacer un montón de preguntas; especialmente a Ana, a la que observaban con gran curiosidad. Nos quedamos como una hora conversando y riendo, hasta que nos fuimos. Estaba contenta de haber visto a mis amigos y que mi amiga les hubiera caído bien, pero me da cuenta que no los había extrañado tanto como pensé en algún momento; ahora sé que estoy contenta con mi nueva vida y mis amigos en Dominicana. Creo que me daría mucha pena tener que dejarlos también a ellos, así es que ruego que a mi papá no lo manden tan luego a otra ciudad.

MIÉRCOLES 15 DE JULIO

Hoy hubo mucho sol, pero de esos que no calientan nada. La mañana la pasamos conversando con la Normi, contándonos de las cosas que hacía cuando tenía nuestra edad: del carro de la leche que era algo así como un camión chico tirado por caballos, que pasaba todas las mañanas para que la gente comprara leche fresca; de los refrigeradores, que en realidad se

llamaban “heladeras” porque no se enchufaban ni nada de eso sino que tenían un espacio en donde se le ponía una barra de hielo, que había que cambiarla todos los días porque se derretía y, así, un montón de cosas tan entretenidas que a una le cuesta imaginarse. Con Ana comentábamos lo difícil que debe haber sido ser chica en esa época, sin tele, sin consolas de juegos, con uno que otro teléfono y sin computador. Pero la Normi no opina lo mismo: dice que por lo menos se podía salir a jugar a la calle sin miedo a que te pasara algo, y que aprendías a tener amigos. Que no se vivía solitaria en medio de una ciudad llena de gente.

Es bien entretenido conversar con la Normi. Habla tan entusiasmada de cómo eran las cosas hace tantos años atrás, que es como estar viendo una película que te la pasan directamente a la cabeza. Antes, cuando yo vivía en Chile, veía seguido a mi abuela, pero nunca me quedaba a dormir en su casa ni me contaba historias de cuando era chica. Yo creo que era porque siempre estaba mi mamá y a ellas les gustaba hablar de sus cosas o porque a mí me veía como a una niña demasiado chica para entender esas cosas.

VIERNES 16 DE JULIO

Otro día de lluvia, muy helado. Ana me tiene preocupada porque no hay modo de que deje de tiritar de frío. Como no traje ropa abrigadora, hasta hoy yo le he estado prestando la mía. Pero no se acostumbra, dice que tiene un frío que le llega desde adentro, como si tuviera los huesos congelados. La Normi le da té bien caliente a cada rato, y en ocasiones hasta la ha mandado a darse una ducha para calentar el cuerpo.

Como en la tarde paró de llover, partimos con la Normi en Metro al barrio de Providencia a comprar ropa abrigadora para Ana. A mi amiga le encantó esa parte de la ciudad pues todo estaba muy limpio y ordenado, con las vitrinas llenas de maniqués esqueleéticos vestidos con ropas súper lindas, pero que mi abuela no quiso comprar porque dijo que eran para grandes y que nosotras aún estamos chicas. Así es que recorrimos un montón de tiendas hasta encontrar una con ropa menos "escandalosa" (según mi abuela), donde Ana pudo comprarse de todo: botas, bufandas, chalecos, parcas, paraguas, pantalones forrados en polar, gorros y muchos pinches para amarrarse los rulos que se le descontrolan siempre. Me daba mucha risa verla como escogía lo más abrigador que había

en la tienda; creo que todos los vendedores pensaban que iría a la nieve por lo exagerada.

Como a Ana se le ocurrió que comiéramos pasteles, caminamos por la avenida 11 de Septiembre hasta un salón de té, donde nos sentamos en una de las mesas del primer piso y pedimos unos postres enormes. Nos parecieron muy divertidos porque los sirvieron en una especie de olla llena de torta mezclada con helado, crema y coronados con unos cuchuffíes. Cuando veníamos de regreso a casa, Ana hizo que nos detuviéramos como mil veces, pues se quedó pegada viendo a un señor que bailaba cueca en una esquina, luego quedó fascinada con un organillero con su loro que tocaba una música parecida a un llanto, que a mí no me gusta porque me da pena, pero a Ana le encantó, tanto que se puso a conversar con el señor porque quería saber dónde podía comprar uno de esos aparatos. Ni hablar de las veces que se quedó mirando los cachureos que le ofrecían los vendedores ambulantes que se ponen en fila al borde de la vereda, a los que compró un montón de cosas inservibles. Pero igual me puso feliz verla tan contenta.

Nota: Me gustaría seguir escribiendo pero, con esto de salir a comprar con Ana, quedé agotada y tengo mucho sueño.

LUNES 17 JULIO

Hoy amaneció con un sol radiante, que mi abuela llama el veranito de San Juan, y que según ella se atrasó este año. Yo tenía ganas de hacer miles de cosas con Ana para aprovechar un día sin lluvia, pero no pude porque despertó con dolor de garganta y fiebre. Parece que después de todo el frío le hizo mal, así es que mi abuela le dio miel con limón y unos medicamentos de esos medios mágicos que prepara, obligándola a quedarse todo el día en cama. La verdad es que yo estaba súper aburrida pues mi abuela no tiene televisión por cable ni Internet y, con Ana enferma, no se me ocurría qué hacer, por lo que me fui a una salita, que había sido el dormitorio de mi mamá, y me puse a ver unos libros. Cuando estaba en lo mejor, sentí ruidos en la calle y, al mirar por la ventana, vi a dos niños: uno como de mi edad, no muy alto, delgado, de piel pálida, pelo castaño ondulado y nariz respingada, y el otro notablemente más alto, aunque quizás sólo un año mayor que yo, también delgado, de piel clara y pelo liso castaño, que estaban sacando una bicicleta, de esas antiguas con canastillo y parrilla para llevar a un pasajero. No sé por qué me quedé observándolos, considerando



que no soy copuchenta y que casi nunca me da por mirar hacia la calle. Me llamó la atención ver niños ya que en este pasaje hay casi pura gente viejita, con casas que tienen olor a antiguo, con árboles grandes y rosales añosos.

—¿Quiénes son ellos, Normi? —le pregunté a mi abuela apenas abrió la puerta para traerme un jugo.

—¿Quiénes? —me preguntó.

—Ellos —le respondí señalando hacia la calle.

—Ah, son los nietos de la Josefina —y se fue, como si yo supiera quién es la Josefina.

El niño mayor se subió a la bicicleta, mientras el que parecía tener mi edad cerraba la reja a duras penas, pues con un brazo cargaba un perro café, gordo y chico, y con el otro sostenía apenas un cojín. Primero dejó el perro en el canastillo forrado con lona verde, el cual se quedó quieto como si estuviera acostumbrado a andar en la bici, y después ató con un cordel el cojín a la parrilla y se subió, mientras su hermano comenzaba a pedalear tratando de mantener el equilibrio.

—¿Cómo se llaman? —Fui hasta la cocina a preguntarle a mi abuela.

—Diego, el más grande, y Milo, el chico —contestó la Normi, mientras revolvía un guiso.

—¿Viven aquí? —seguí con mi interrogatorio.

—Sí —respondió mi abuela y me quedó mirando con una cara de “ya no sigas metiéndote en la vida de los demás”.

Volví a la salita, me senté en el sofá y seguí mirando hacia la calle, entretenida con lo que hacían “los demás” y de lo cual nunca me había dado cuenta.

Al rato volvieron los niños en la bici, sacaron al perro del canastillo y entraron a la casa hablando tan animadamente que me dieron unas ganas enormes de conversar con ellos, considerando que Ana estaba muy poco entretenida gracias al medicamento que le dio la Normi y que la hizo dormir casi todo el día.

Después de almorzar volví a sentir ruidos en la calle y me asomé a mirar por la ventana de la salita: el niño más chico había sacado una patineta e intentaba que su perro se subiera en ella. Eso me dio tanta risa que fui corriendo donde mi abuela.

—Normi —le dije con cara de rogona—, déjame salir un ratito a la calle.

—¿A la calle? —me preguntó extrañada, con ganas de decir que no.

—Es que el niño del frente salió con su perro y yo tengo tantas ganas de conocerlo —seguí con mi cara de súplica.

—Pero si lo que quieres es jugar con un perro, aquí

tienes tres –me dijo, señalándome con la mirada el patio donde estaban las tres perras insoportables.

Es verdad que me encantan los animales y que quiero ser veterinaria cuando grande, pero no hay forma de que me entienda con esas “niñitas”, como les dice mi abuela, que son completamente neuróticas, que ladran todo el día y que a nosotras no nos quieren ver ni en dibujos.

–Pero, Normi... tus perritas no me quieren –le dije con cara de súplica.

Me miró y se quedó pensando un instante.

–Bueno, pero sin salir de la reja grande.

Milo tiene doce años, como yo, y su hermano, un año más. Su perro en realidad es una quiltra muy inteligente y cariñosa y se llama Lulú. Me quedé con ellos harto rato, contándoles que estaba de visita en casa de mi abuela con mi amiga Ana, y quedamos en juntarnos los cuatro cuando ella se recupere. Estoy feliz porque ahora tenemos nuevos amigos con quienes hacer cosas entretenidas, ya que también están de vacaciones, pero de invierno

MARTES 18 DE JULIO

La Normi sí que es buena curandera: los remedios tipo sahumeros que le dio a Ana le hicieron tan bien

que hoy despertó como si nunca se hubiera enfermado.

El día pintaba para fome hasta que escuché sonar el timbre y, cuando salí a mirar, Milo estaba con su bicicleta en la puerta de calle.

–¡Hola, Ema! –me dijo bien bajito, como con vergüenza–. ¿Quieres salir un rato? –Siguió hablando de corrido mientras yo lo saludaba con una sonrisa de esas bien estúpidas.

–Espera, tengo que preguntar si nos dejan salir –le respondí, sin darme cuenta que su hermano estaba un poco mas atrás, en otra bici.

Entré a la casa y le dije a Ana que le pidiéramos permiso a la Normi para salir a la calle. Por suerte mi abuela no puso problemas y salimos las dos al pasaje. Yo les había contado a los chicos sobre mi amiga, que era de Republica Dominicana y todo eso, por lo mismo nunca imaginé la cara de sorpresa que pusieron cuando Ana los saludó. La quedaron mirando con la boca abierta, impresionados por su color de piel chocolate, oscura y sedosa; por su pelo con pequeñas motas de rizos negros y puntas amarillentas que siempre lleva tomado en cuatro trenzas desparramadas en la cabeza; por sus ojos que parecen dos aceitunas negras pobladas por un sinfín de pestañas cortas y crespas.

–Hola, soy Ana –dijo mi amiga, sonriendo con su

hermosa boca de labios rosados, que cuando se ríe dejan ver una hilera de perfectos dientes blancos y parejos (no como los míos, que los tengo súper chuecos).

—Hola —respondieron los hermanos, Milo con la cara roja de vergüenza y Diego con una expresión más bien tensa, pero ambos sin poder quitarle la mirada de encima.

Ana es apenas un poquito más baja que yo y muy delgada. Mi abuela dice que nos vemos muy raras juntas porque yo soy una rubia desabrida, y esto se nota mucho más cuando estamos juntas, como si ella se viera más color chocolate y yo más parecida a un fantasma.

Como nosotras no teníamos bicicletas, nos turnamos con ellos para andar: cuando les tocaba a ellos no nos quedaba otra que correr por el pasaje tras sus bicis. Al rato nos aburríamos, así es que nos sentamos en la vereda y nos pusimos a conversar. Parece que a Diego le había impresionado Ana porque en todo momento trataba de mantenerse a su lado. De pronto mi abuela nos llamó para que la ayudáramos a sacar la basura. Teníamos que hacerlo en un carrito plástico llevándolo hasta el otro lado de la reja grande. Y como a Diego y a Milo también los mandaron a hacer lo mismo, nos encontramos los cuatro arrastrando los desperdicios.

Cuando volvíamos a la casa, apareció corriendo una niña que saludó muy animada a Milo y a Diego, sin que nosotras alcanzáramos a hablar con ella porque mi abuela nos estaba llamando a tomar onces.

MIÉRCOLES 19 DE JULIO (ANTES DE ALMORZAR)

Estoy feliz: ocurre que la Normi vio como Ana y yo corríamos ayer tras las bicis de los vecinos y hoy nos dio la tremenda sorpresa. Después del desayuno salimos al patio, esquivando a las perras que lo único que quieren es mordernos, y nos llevó hasta la bodega que está en el fondo del patio. Abrió con mucho esfuerzo un candado súper oxidado y entró, para luego salir arrastrando una bicicleta roja maltratada y mugrienta. —Era de tu mamá—, me dijo—, y me la entregó. Volvió a entrar y sacó otra igual de vieja, pero azul. —Ésta era de tu tía Paula, es para Anita—y se la pasó a mi amiga. Nunca había visto un par de bicicletas tan feas. Tenían las ruedas desinfladas y las cadenas colgando y llenas de óxido, pero desde ese momento se convirtieron en nuestro permiso para salir a corretear por el barrio con nuestros amigos. Ahora sólo tenemos que arreglarlas y limpiarlas, y ya contamos con ellos para que en la tarde nos ayuden, lo que me tiene súper contenta.

(POR LA NOCHE)

Después de almuerzo nos juntamos con Diego, Milo y esa amiga de ellos que vimos llegar ayer. Se llama Sofía, es bastante simpática y está en el mismo curso de Milo; es más alta que todos nosotros, hasta parece que tuviera como quince años, es morena y tiene el pelo negro, liso y largo. En su cara delgada destacan sus ojos inmensos de color café claro rodeados de unas pestañas tan largas, que me da la impresión que hasta le pueden molestar. Se viste con unas ropas que dan envidia por lo modernas que son: traía puestos unos pantalones bien apretados, como calzas, con una minifalda de mezclilla deshilachada encima, una polera con unos dibujos dorados que me encantó, una chaquetita corta también de mezclilla y unas zapatillas de esas con ruedas que mi mamá no me quiere comprar, porque dice que son muy caras y que para lo único que sirven es para romperse la cabeza de un porrazo. Ana y yo la quedamos mirando con un poco de envidia, ya que a ninguna de las dos nos dejan ponernos esas cosas, y lo único que nos compran son los típicos pantalones y poleras de los más corrientes.

Después de conversar un rato entre los cinco, nos pusimos a reparar las bicis. Ana, Sofía y yo no

sabemos nada de esas cosas, pero nuestros vecinos son secos para los arreglos; nos contaban que han arreglado hasta relojes. Sería bacán que yo también supiera hacer esas cosas. Ya me imagino reparando todos los cachivaches viejos que tiene la Normi, que no sé para qué los guarda pues no sirven para nada. Lo pasamos súper bien arreglando las bicis en el pasaje (le llaman condominio, pero creo que no es, porque no tiene guardia ni nada de esas cosas, sólo el portón enrejado que cierra el pasaje). Quedamos todos cochinos con la grasa que les pusimos a las cadenas y con el limpiador para ollas que nos prestó la Normi para sacarles el óxido a las bicis. Nos reímos hartos al ver cómo se nos pegaba la pasta en la ropa, la cara y las manos, haciendo bromas de cómo nos veíamos embetunados. Por suerte todo resultó, ya que sólo nos falta echarle aire a las ruedas y quedarán listas.

La Normi nos está llamando a comer; continuaré mañana, porque con el sueño que tengo me tinka que no podré seguir escribiendo.

Nota: A Ana y a mí nos encantó la amiga de Milo; espero que siga viniendo.

JUEVES 20 DE JULIO (ANTES DE DORMIR)

Apenas terminamos el desayuno le pedimos permiso a la Normi para ir a ponerle aire a las ruedas de las bicis, y fuimos con Diego y Milo a una estación de servicios que está a dos cuadras de la casa. Cuando ya tuvimos todo listo, cada uno se subió a su bici y salimos pedaleando, sintiendo el aire fresco en la cara. Lo hacíamos por la vereda, porque esa fue una de las condiciones que nos puso mi abuela para permitirnos salir, además de que por nada en el mundo nos separáramos.

La mamá de nuestros vecinos les encargó que pasaran al supermercado a comprar un pollo para el almuerzo y, mientras los dos hermanos entraron, nosotras nos quedamos afuera cuidando las bicis. Ana me hablaba como loca de lo estupendo que estaban resultando estas vacaciones, que le gustaba Chile y un montón de otras cosas que ya no me acuerdo, cuando de pronto vi que se acercaba Sofía, caminando lento.

—¡Hola! —nos dijo, tan animada como el día anterior.

—¡Hola! —le contestamos, en un coro bien fome.

—¿En qué andan? —preguntó Sofía, mientras yo miraba la ropa tan linda que tenía puesta.

—Estamos esperando a Diego y a Milo, que fueron a comprar —le contestó Ana.



Yo creo que también a Ana le dieron ganas de tener un jeans tipo militar lleno de brochecitos, como el que traía puesto Sofía.

—Yo vine a comprar unas pizzas porque a mi mamá le tocó trabajar de día y no tengo na' pa' comer —Sofía se arreglaba el pelo, echándoselo todo por sobre un hombro.

—Tengo una idea: ven a almorzar a la casa de mi abuela; estoy segura que ella se pondría feliz —le dije.

Sofía se quedó pensando un momento.

—¿Tienes que pedir permiso en tu casa? —le preguntó Ana.

—No, estoy sola; mi hermano está todavía en clases. Sale de vacaciones la próxima semana —siguió pensando—. Bueno, pero no me puedo quedar mucho rato, tengo que hacer algunas cosas —dijo finalmente, y las tres continuamos esperando que nuestros amigos salieran del supermercado.

Después de entregar las compras, entramos todos a la casa de mi abuela. El día estaba un poco helado, así es que nos quedamos conversando en la salita. Diego, Milo y Sofía nos preguntaban acerca de República Dominicana, del colegio, del hotel y de cómo eran las playas, mientras nosotras le preguntábamos a Sofía dónde podíamos comprar esa ropa tan bacán que usaba.

A la hora de almuerzo, Diego y Milo se fueron a su casa y nosotras al comedor. La Normi estaba encantada con nuestra invitada y la encontró tan educadita y simpática, que le dijo a Sofía que podía venir a su casa cuando quisiera. Después del postre, que era leche asada (a mi abuela le fascina cocinar cosas ricas), nuestra nueva amiga, mirando la hora en su reloj de pulsera —tan bacán como todo lo que usa—, nos dijo que se tenía que ir. Se despidió con un beso a cada una y mi abuela la acompañó hasta la puerta de salida.

SÁBADO 21 DE JULIO

No sé cómo lo hago para meterme en unos líos tan tremendos sin que me dé cuenta. Siempre me pasa: primero estoy súper bien, pasándolo bacán con Ana y los chicos y, de un momento a otro, estamos metidos en un medio problema.

Ayer en la tarde llegaron a la casa Daniel, Milo y Sofía. Lo estábamos pasando estupendo jugando a Verdad o Castigo cuando, de la nada, quedó la escoba. Resulta que Sofía andaba con una mochila porque después tenía que hacer otras cosas, la que dejó sobre un sillón en el living. Al llegar la hora en que se tenía que ir fue por ella, pero no la encontró; nos pusimos

a buscarla como locos, pensando en que mi abuela la había tomado, pero no se lo podíamos preguntar porque había ido de compras al supermercado. Estábamos atareadísimos, imaginándonos dónde podría estar la famosa mochila, cuando se me ocurrió mirar por la ventana hacia el jardín y vi que se hallaba en medio del pasto, toda cochina y mordisqueada.

—¡Está afuera! —grité aliviada y los cinco salimos corriendo a buscarla.

—¡Diablos! —dijo Sofía entredientes al momento que tomaba la mochila y escarbaba en ella intentando encontrar algo.

—¿Te falta algo? —preguntó Ana.

—Sí, un paquete —a Sofía se le había descompuesto la cara y daba patadas en el suelo.

De pronto vi corriendo a la Peluche, una de las perritas de mi abuela que se escapa todo el tiempo con sus carteras para robarle los dulces que acostumbra a guardar en ellas. Tenía el hocico blanco, como con harina, mientras sostenía con los dientes apretados unos restos de plástico y nos miraba con esa cara de travesura que siempre ponen los perritos nuevos. Desde el medio del jardín nos dimos cuenta que el prado junto a la terraza estaba lleno de un polvo blanco y de más restos de plástico. Sofía se tomó la cabeza con las dos manos al tiempo que caía de rodillas, llorando.

—No puede ser, no puede ser... —gemía entre sollozos.

—Pero, Sofía... —Ana se arrodilló junto a ella para consolarla—, no es para tanto —le acariciaba el pelo con dulzura:

—Déjame —le gritó Sofía, apartándola de un empujón que, por poco, casi la lanza al suelo.

Diego tomó con cuidado lo que pudo del polvo blanco y cuando se lo comenzaba a acercar a la nariz para olerlo, se arrepintió.

—¿Qué es esto, Sofía? —le preguntó con cara de furia.

—No sé —la chica se levantó del pasto, sacudiendo sus pantalones.

—¿Cómo que no sé? Por algo que no sabes qué es ¿te pones a llorar como pendeja? —Diego se paró a su lado poniéndole el polvo blanco frente a los ojos.

La tensión era enorme, los segundos se sentían como horas; Diego seguía parado junto a Sofía con el polvo blanco en sus manos. De pronto sonó el citófono y los cinco dimos un salto de susto.

—¡Aló! —levanté el auricular.

—Soy yo, Ema, se me quedaron las llaves —la voz de mi abuela resonaba a la distancia.

Apreté, dudosa, el botón que abre la puerta y corrí hacia el patio.

—¡Es la Normi, tenemos que limpiar rápido! —No sabía qué era el polvo blanco, pero algo me decía que

lo mejor era hacerlo desaparecer antes que entrara mi abuela.

—Ema, tráeme una servilleta —me ordenó Diego, y fui lo más rápido que pude por una.

Diego vació cuidadosamente el polvo en la servilleta, haciendo un pequeño paquete, y se lo guardó en un bolsillo. Ana tomó la manguera del jardín y comenzó a regarlo, hasta que los restos del polvo blanco desaparecieron entre el pasto. Milo recogió los pedazos de plástico esparcidos por el patio, mientras yo le limpiaba el hocico a Violeta. Sofía se mantenía inmóvil, de pie en medio del jardín sin hacer nada. Al entrar la Normi todo estaba en orden.

—¿Normi, nos dejas ir a andar en bici? —preguntó Ana, de sopetón.

—Salgan no más, niñas, pero cuídense. Y las quiero en casa antes de las seis —respondió la Normi, entre risitas, al tiempo que ordenaba las compras.

Ana nos hizo una seña con la cabeza. Milo agarró a Sofía por un brazo y se encaminaron con Diego a la puerta de salida, mientras nosotras tomamos las bicis y los seguimos. Cuando ya estábamos fuera de la casa, Diego volvió a enfrentar a Sofía.

—Tú tienes muchas cosas que contarnos, Sofía, así es que empieza —le dijo con un susurro que, pese a lo discreto, se sentía amenazante.

—No podemos hablar aquí —Ana siempre tenía la razón en estas cosas medias complicadas.

—Es verdad, no sé en qué anda la Sofi, pero seguro que es en algo raro y alguien nos puede escuchar. Mejor vamos pa' la punta —dijo Milo y se montó en su bici sin esperarnos.

Milo iba delante nuestro y Diego atrás, con Sofía como pasajero sentada en la parrilla. Pedaleábamos lo más rápido que podíamos hasta que, después de recorrer unas cuantas cuadras de calles chicas, Milo se detuvo frente a un muro lleno de graffitis que estaba detrás de unos arbustos que lo tapaban hasta la mitad. Corrió las ramas que cubrían una abertura en el muro y entró agachado con la bici a rastras, en tanto nosotros lo seguimos.

El lugar era un sitio eriazo de forma triangular, lleno de pasto y bolsas de basura esparcidas, todas rotas por los perros. En el centro asomaban los restos de lo que debía haber sido una casa en otros tiempos, en medio de la que ahora se veía una especie de círculo con restos de palos quemados. Nos sentamos en unos tarros oxidados.

—¿Qué es esto? —Diego sacó el paquetito de su bolsillo, lo abrió y se lo enseñó a Sofi, pero ella no contestó.

—¿Estás en problemas; verdad, Sofi? —le dije y le tomé las manos con cariño, pues se había sentado a mi lado.

—No sé —Sus palabras salieron con angustia de su boca. Se paró de improviso y salió corriendo del lugar.

Nos quedamos sin respuesta, sentados alrededor de una hoguera apagada, mirándonos las caras.

—A ver, Milo, es amiga tuya ¿qué onda esta Sofía? —ahora Diego interrogaba a su hermano.

—Qué te pasa conmigo, si yo no tengo nada que ver —respondió Milo molesto.

—Préstame el paquetito —Ana estiró la mano y Diego le pasó la bolsita de papel, que ella abrió con cuidado.

—¿Qué será?, se ve como talco —dije, mientras observaba el contenido.

—Ema... ¿tú te pondrías a llorar por un poco de talco? —me preguntó Diego, haciéndome sentir completamente tonta.

—No —repose, sintiendo un poco de vergüenza—. ¿Acaso tienes tú una idea de lo que puede ser? —le tiré un golpe bajo por pesado y las miradas se dirigieron a Diego.

—Yo creo que es droga —respondió con seriedad y a mí se me apretó la guata de nervios.

—Tú siempre tan mal pensado. Yo creo que has visto muchas películas policiales —le dijo Milo molesto—; todo el tiempo piensas que la gente hace cosas malas y terminas dejando la grande con las tonteras que dices.

—Pero Milo, si esto se ve súper raro —se defendió Diego.

—Ya sé, te hizo mal ver el reportaje de narcos que dieron anoche —Milo seguía molesto con su hermano.

Se estaba haciendo tarde, por lo que tuvimos que dejar la conversación en suspenso y emprender el regreso a nuestras casas.

Durante la comida nos mantuvimos en silencio mientras la Normi nos contaba de ella cuando tenía nuestra edad. Pero ni Ana ni yo le prestábamos atención; no podíamos olvidarnos de Sofía ni de su famoso paquete.

Nos acostamos más temprano que nunca, apagamos la luz y la televisión para hablar calladito en medio de la oscuridad, como si ésta nos protegiera de ser escuchadas.

—¿Estaremos metidas en un lío? —me preguntó Ana, con voz de preocupación.

—Pero si nosotras no tenemos nada que ver en esto —respondí, intentando defenderme no sé de qué.

—Pero Ema... aquí quedó la escoba, ¿tú crees que podemos salir tan campantes si ese polvo es algo raro? —Ana tenía razón.

—¿Crees tú que sea droga? —le pregunté, esperando que dijera que no.

—No sé, pero me acuerdo de algo y me entra la duda —contestó.

—¿De qué? —continué preguntando.

—Antes de que tú llegaras al colegio fue a nuestra clase una brigada de la policía especializada en drogas. Hicieron una exposición y tenían muestras de todo tipo: marihuana, cocaína, pasta base de cocaína, anfetaminas y no me acuerdo de qué más. Y ese polvo es muy parecido a la cocaína, o por lo menos a la pasta base de cocaína —nuevamente me puse nerviosa.

—¿Qué hacemos? —pregunté.

—Ema, yo sólo digo que se parece, no sé si es droga. Diego también puede estar exagerando, tú escuchaste lo que dijo Milo. Mejor no pensemos más tonteras; tal vez era algo que le encargó su mamá y, como lo perdió, tuvo miedo que se enojara con ella y por eso se puso así.

Las palabras de Ana me tranquilizaron.

—Es verdad, capaz que estemos pensando puras leseras. Lo mejor es hablar con Sofía y aclarar el drama.

Por fin me pude calmar un poco. Qué bien hace hablar con una amiga.

Ana se durmió después de la conversación, pero yo no conseguía pegar un ojo pues me volvieron los nervios al imaginar a Sofía metida en algo complicado. Así es que me levanté a escribir para ver si podía aclarar las ideas; pero por más que escribo no aclaro nada.

DOMINGO 22 DE JULIO

Me siento muy mal por lo que hicimos con mis amigos; creo que es una violación a la intimidad de las personas, aunque me han repetido toda la tarde que no había otra.

Por la mañana, como si nos hubiéramos puesto los cuatro de acuerdo, nos asomamos por las respectivas ventanas para ver si había movimiento en las otras casas. Nuestras miradas se encontraron y a los pocos minutos nos juntamos en la calle, montados en nuestras bicicletas.

—Nosotras vamos a la casa de Sofi —dijo Ana—. ¿Vienen con nosotras?

—Estábamos pensando en lo mismo —respondió Milo.

Emprendimos nuestra marcha por las calles desiertas en las que, como buen día domingo, sólo se podía ver uno que otro auto. La mañana estaba helada y el camino se nos hizo corto; recorrimos apenas seis cuadras en subida hasta llegar a una casa grande, linda pero muy descuidada, con la pintura descascarada y los arbustos muy crecidos. Milo tocó el timbre y en menos de un minuto la puerta se abrió. Una señora, con el pelo teñido de rubio y lentes, reconoció a Milo.

—¡Hola, Milo! —lo saludó, animada.

—¡Hola, tía! ¿Está Sofi? —preguntó nuestro amigo, con nosotros detrás.

La señora abrió la reja y entramos al living. La casa debe haber sido bonita, aunque se notaba que hacía mucho tiempo que no se pintaba ni se le cambiaban las alfombras, que se veían desgastadas por el uso.

—Disculpen el desorden: es que recién vengo llegando del turno.

La mamá de Sofi era enfermera y trabajaba en turnos de noche en el Hospital Militar.

—No se preocupe, tía —dijo Diego en forma automática.

—¿Son todos compañeritos de Sofía? —preguntó la señora, mirándonos con cara rara.

—No, sólo yo. Él es mi hermano Diego y ellas, Ema y Ana, vienen de República Dominicana —explicó Milo.

—Ah... espérenme, iré a ver si Sofita está despierta —y desapareció por una escalera mientras nos sentábamos en el sofá.

Los minutos pasaban y la señora no bajaba; entretanto seguíamos esperando sin decir palabra. De pronto la mamá de Sofi se asomó por la escalera y nos hizo una seña para que subiéramos.

Sofía estaba sentada en la cama con cara de adormilada.

—¿Qué quieren? —preguntó, sarcástica.

—Tenemos una conversación pendiente —repuso Diego, con aire de importancia.

—No podemos hablar aquí —dijo Sofi, en medio de un bostezo.

—Vamos a otro lugar, entonces —Diego tenía un tono desafiante y decidido.

—Espérenme, tengo que ducharme —Sofi salió de la cama con un atado de ropa bajo el brazo, dejando la puerta entreabierta.

El dormitorio era sencillo, con apenas una cama, un velador, una cómoda, un librero que en vez de libros tenía peluches, y un closet a medio abrir con ropa desparramada por todos lados. En las murallas desteñidas y no muy limpias colgaban unos cuadros infantiles llenos de figuras autoadhesivas.

—Estoy segura que el polvo ese era cualquier cosa y no algo malo, como tú piensas —le dijo Ana a Diego, mirándolo a los ojos.

—Yo creo lo mismo —la apoyó Milo.

—No estoy tan seguro —Diego mantenía su idea. Enseguida se dirigió a mí, hablándome al oído—:

Ema, busca por si encuentras en la pieza algo como un cuaderno, una nota, alguna cosa.

Fue hasta la puerta y empezó a hablar en voz alta de lo bien que lo pasábamos los cinco juntos.

—No me gusta meterme en las cosas de los demás —le respondí en voz muy baja, acercándome a él un poco enojada.

—Si estás segura que no anda en nada raro, no encontrarás nada —Diego me miró en forma altanera.

Sin saber por qué le hice caso a Diego: me puse a escarbar igual que delincuente entre las cosas de Sofía; abrí la puerta del closet y metí una mano intentando encontrar algo raro, pero nada. Con mucho cuidado abrí los cajones, pero sólo había ropa. Escarbé en el librero, sin encontrar nada aparte de los típicos libros del colegio y uno de los peluches, que cayó al suelo. Me agaché a recogerlo para devolverlo a su lugar cuando, en cuclillas, me pareció sentir que había un agujero en el peluche. Introduje un par de dedos y me topé con una pequeña caja que saqué sin mirar y me metí en un bolsillo. Gateé hasta debajo de la cama, desde donde arrastré una caja roja de plástico llena de ropa, esa que siempre le veía puesta. Allí había además un discman, una cámara fotográfica digital, las zapatillas con ruedas y un montón de otras cosas.

Devolví todo a su sitio y me paré nerviosa junto a mis amigos, a esperar que llegara Sofi.

—Vuelvo luego —le dijo Sofía a su mamá, cuando íbamos saliendo de su casa, al tiempo que le daba un beso en la mejilla.

—¿Lleva su celular? —le preguntó su mamá.

—Sí —dijo Sofi, y sacó de su bolsillo el teléfono para mostrárselo.

Diego llevaba a Sofía sentada en la parrilla de su bicicleta y nosotros lo seguíamos en las nuestras. Me llamó la atención que la chica no llevara puesta la ropa bacán que siempre vestía; en su lugar traía puestos unos jeans viejos, unas zapatillas destartadas y un chaleco lleno de pelusas. Nuevamente llegamos al sitio eriazo que los chicos llaman La Punta, pero no alcanzamos a entrar porque sonó el teléfono de Sofi. Lo sacó de su bolsillo y al ver quien llamaba se puso tremendamente nerviosa; caminó unos pasos para alejarse de nosotros y contestó, mirándonos de reojo. Hablaba tan bajo que no la podíamos escuchar.

—No puedo hablar ahora, tengo que ir a otra parte —nos dijo Sofi y partió casi trotando por la calle.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Milo, decepcionado.

—Sigámosla —respondió Diego, que continuaba convencido de que Sofi andaba en algo raro. Montamos en nuestras bicis y la seguimos.

Seguimos a Sofía unas cinco cuadras en dirección a la plaza Egaña, sin hacer ningún esfuerzo para escondernos porque a esas alturas ya nos daba lo mismo que nos viera. En un escaño, junto a un árbol, la esperaba un tipo joven. Ella se sentó a su lado mientras le hablaba sin parar, haciendo movimientos descontrolados con las manos. El tipo no decía nada, sólo se agarraba la cabeza y la sacudía de un lado a otro. Nosotros nos habíamos quedado junto a un paradero de micros, confundiéndonos entre la gente que a esa hora esperaba el famoso Transantiago. De pronto el hombre se paró, tomó de un brazo a Sofi y la obligó a caminar a su lado. En un descuido, nuestra amiga se zafó del hombre y corrió hasta donde estábamos nosotros.

—¡Ayúdenme! —nos pidió y Diego le hizo una seña para que se subiera en la bicicleta.

Los cinco salimos arrancando lo más rápido que pudimos. Esta vez nos dirigimos a la casa de la Normi, quien nos saludó a cada uno con un beso. Nos fuimos derecho a la pieza de servicio que está al final del patio y que mi abuela nos la había ofrecido

para que hiciéramos un club, como el que ella tenía cuando chica. Nos sentamos en el viejo sofá para descansar un momento y, cuando pudimos recuperar la respiración, Diego comenzó el interrogatorio.

—¿Quién era ése tipo?

Yo creo que Diego ha visto muchas películas de juicios porque hablaba como en la tele, dándose claramente importancia delante de Ana.

—Se llama Julio —respondió Sofía, resignada.

—¿Por qué arrancabas de él? —continuó Diego, mientras escuchábamos en silencio. Parece que después de todo algo de razón tenía nuestro amigo.

—El paquete era suyo.

—¿Qué había en el paquete? —seguía Diego, inquisidor.

—No sé.

—¿Cómo que “no sé”? —dijo Diego, imitándola.

—No sé, yo sólo tenía que entregárselo con mochila y todo a un tipo de chaqueta celeste a la salida del Metro —Sofía miró a Diego a los ojos.

—¿Por qué tenías que entregar ese paquete? —A estas alturas Diego se creía juez.

—Julio me paga para que le entregue algunas cosas a sus amigos; me dice que no tiene tiempo para hacerlo él.

—¿De dónde conoces a ese Julio? —Diego se paró en frente de Sofía, con los brazos cruzados.

—Es compañero de mi hermano en la universidad. A principios de año hicieron una fiesta en mi casa, donde lo conocí y nos hicimos amigos.

—¿Cómo “amigos”, Sofi, si se nota que ese tipo tiene un montón de años? —siguió preguntando Diego, mientras escuchábamos sentados en el sofá.

—Me dijo que tiene diecinueve, como mi hermano.

—No creo que tenga esa edad —dictaminó Diego.

—¡Ya, córtala! —le gritó Sofía.

—¡Ándate! —le ordenó Diego, señalando la puerta con el dedo índice y el brazo extendido.

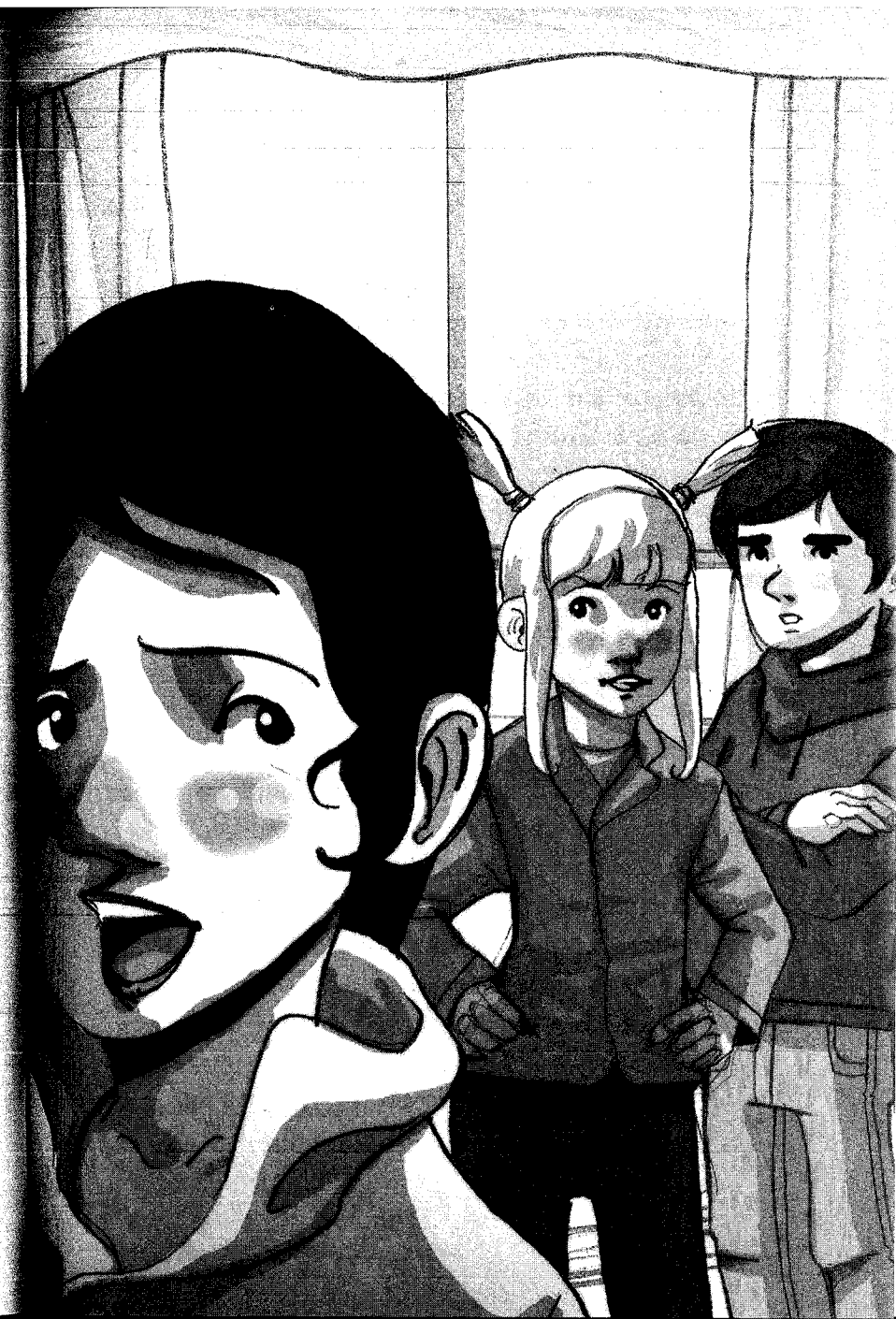
—Diego... ¿qué haces? —le dije entre dientes.

—Mira, Ema, si no quiere hablar que no hable; si quiere estar metida en cosas raras que esté, pero a nosotros o nos dice la verdad o se va y punto —Diego estaba decidido.

Sofía se levantó del sillón, nos dio una mirada llena de rabia y se fue. Los cuatro nos quedamos mirándonos las caras y en silencio.

—¿Qué hacemos ahora? —la voz de Milo sonó con eco.

—Podríamos pedir permiso para ir mañana a Fantasilandia —dijo Diego y nosotros lo quedamos mirando, con una mueca en la cara—. No me miren



así, ¿qué quieren? ¿Que sigamos persiguiendo a Sofía?, si ya parecemos tontos.

—Tienes razón —dije—, hagamos algo entretenido, mira que Ana casi no conoce Santiago.

Me sentía un poco rara con eso de estar planeando paseos, considerando que después de todo una de nuestras amigas parecía estar metida en líos. Sin embargo, tampoco la podíamos obligar a que hablara, y si ella no nos contaba su problema no teníamos cómo ayudarla. Nuestros amigos se habían ido a su casa y nos quedamos con Ana sentadas en el viejo sofá de la pieza de servicio.

—¿Por qué tienes esa cara? —me preguntó Ana—. ¿Acaso no quieres ir al parque de diversiones?

—Quiero ir pero no sé si debemos —respondí.

—¿Por lo de Sofía? —continuó preguntando mi amiga.

—Es que me da no sé qué estar pasándolo bacán mientras ella puede necesitar nuestra ayuda —le dije.

—Ema, cuando ella esté lista para contarnos lo que le pasa, lo hará; mientras tanto no tiene nada de malo que hagamos algo entretenido.

—Tienes razón —respondí. Ana siempre sabe cómo convencerme.

Nos costó hartó que la Normi nos diera permiso para ir al parque de diversiones, sólo después de

rogarle toda la tarde dijo que bueno. Y ella nos irá a dejar y a buscar.

LUNES 23 DE JULIO

Por fin un día bacán. Nos levantamos súper temprano, tan entusiasmadas con la ida a Fantasilandia que hasta le ayudamos a mi abuela a hacer las cosas: lavar platos, pasar la aspiradora, limpiar baños y todas esas cosas que una nunca quiere hacer porque le da flojera.

Por suerte el día estaba lindo, con mucho sol y cálido. Después de almorzar pasamos por la casa de nuestros amigos y seguimos con mi abuela en su auto hacia los juegos mecánicos. Milo contó durante todo el camino unos chistes fomes que bajó de Internet e igual nos reíamos pese a lo malos que eran. La Normi nos dejó en las puertas del parque y esperó hasta que entramos, con el acuerdo que pasaría por nosotros a las seis en punto, antes que oscureciera. Dice que en la noche no puede manejar porque no ve nada.

Ana estaba encantada mirando desde la boletería las montañas rusas, que se veían enormes y llenas de gente gritando. A mí no me impresionaban mucho porque cuando vivíamos en Chile mi papá siempre

nos traía. Pero para Ana eran algo nuevo, porque en Higüey no hay parques de diversiones tan grandes, sólo ferias itinerantes que se instalan cuando hay fiestas en la ciudad. Nunca había visto una montaña rusa tan de cerca y lo único que quería era subirse a una.

Nos dirigimos a la montaña rusa más grande, donde Ana nos dijo con cara llena de felicidad:

—En esta me quiero subir.

Nuestros dos amigos encontraron que era una súper idea y partieron sopladados a ponerse en una fila larguísima donde se anunciaba Wild Mouse con letras luminosas parecidas a la de los juegos de Disneylandia (no los conozco, pero los he visto en la tele). Mientras miraba la estructura de hierro de colores brillantes, sobre la que corrían carritos con forma de ratones que se daban unas vueltas imposibles sobre los rieles, me comenzó a dar un pánico que empezaba en la guata y terminaba en el moño que me había hecho.

—No, no, no —dije, como zombi, casi clavada al suelo.

—Pero Ema, es entretenido —Ana me había tomado de un brazo y me tiraba con fuerza.

—Estás loca, me da susto, ¿y si se cae? —la verdad era que yo prefería subirme a los patitos antes que a esa cosa.

—No se cae, vamos —me rogaba Ana.

—Yo vi un programa del National Geographic en el que mostraban que las montañas rusas a veces fallan —dije, decidida a no moverme de mi lugar.

—Que Milo suba contigo y yo lo hago con Ana —insinuó Diego.

No pude seguir negándome y acepté con la condición que me acompañara Ana. Entre los tres me arrastraron a la fila.

Fue terrible. Tirité de susto desde que nos pusimos en la fila, mientras rezaba para que el famoso ratón no se cayera, hasta que me senté al lado de Ana, que no daba más de alegría. De pronto se accionaron los seguros y el carrito comenzó a andar despacio, pero por poco rato, porque después de una subida cayó en picada dando unos giros tan bruscos que pensé que me iban a tirar al vacío. Ana gritaba y yo casi lloraba, y aunque no duraron más de dos minutos, para mí fueron horas. Cuando me bajé estaba tan mareada que se me subía hasta la boca el sabor de la cazuela que la Normi nos dio al almuerzo, mientras los árboles y escaños que estaban repartidos por el lugar me daban vueltas sin parar. Me agaché, intentando con los ojos cerrados controlar las arcadas, pero una mano me tironeaba.

—Subamos de nuevo —me decía Ana, pero yo no le pude contestar debido a las náuseas que iban en aumento.

—¿Te sientes mal? —me preguntó Milo—. Tienes la cara casi verde —Y los tres se pusieron a reír.

Estuve sentada como media hora en un escaño mientras ellos subían una y otra vez a la famosa montaña. Cuando se aburrieron del juego nos trasladamos a otros más soportables: unas balsas súper bacanes que no me daban susto, a los autitos chocadores y al barco pirata.

Salimos del parque a las seis en punto; en la entrada nos estaba esperando la Normi. Fue un día tan estupendo que ahora estamos planeando ir al Teleférico, pero esto lo hablaremos mañana porque ahora lo único que quiero es comer y luego dormir, ya que no doy más de cansada.

MARTES 24 DE JULIO (POR LA MAÑANA)

Anoche Ana y yo nos acostamos temprano, pero no pudimos descansar. A eso de las doce de la noche sentí entre sueños unos golpecitos en la ventana y no les presté atención porque creí que eran parte de lo que estaba soñando. “Tic, tic, tic” sentí nuevamente.

Abrí un ojo; aunque la luz estaba apagada, gracias a la claridad del farol de la calle que se filtraba por las cortinas pude ver a Ana que dormía con sus rulos colgando a un lado de la cama. “Tic, tic, tic, tic”; ahora estaba segura: algo golpeaba en nuestra ventana. Me dio mucho susto.

—Ana, Ana —traté de despertar a mi amiga con un susurro mientras seguía sintiendo los golpecitos en la ventana.

—Ana —repetí un poco más alto. Pero nada; tuve que levantarme y tirarle uno de los rulos colgantes.

—¿Qué quieres? —me respondió a regañadientes.

—Oigo ruidos en la ventana —le dije, tiritando de susto y de frío.

Ana se sentó en la cama.

—Yo no oigo nada —dijo y se acomodó para seguir durmiendo, pero nuevamente sonó la ventana.

—¿Escuchaste? —le pregunté.

—Síííí —me respondió titubeante.

Ahí estábamos las dos en penumbras, sin saber si correr donde la Normi, abrir la cortina o llamar a la policía. Pensé que si había alguien afuera, lo más lógico sería que las perras de mi abuela ladraran. Así es que me armé de valor, caminé hasta la ventana y corrí la cortina esperando encontrarme con una

rama que el viento hacía golpear contra el vidrio. Mi sorpresa fue enorme al ver la silueta de una persona agachada junto a la ventana y estuve a punto de gritar, pero no me salió la voz. Sólo di un salto hacia atrás, al tiempo que Ana encendía la luz y se iluminaba el rostro de Sofía. Cuando logramos recuperarnos del susto, abrimos la ventana y Sofía entró al dormitorio.

—¿Qué haces aquí? —la voz de Ana sonaba agitada por el susto.

—Necesito que me ayuden —Sofía nos miraba con cara de súplica.

—¿Ayudarte a qué? —Ana tenía ahora el típico tono de mandona.

—A juntar plata para el jueves —respondió Sofía, con tanta normalidad como quien pide un lápiz prestado.

—Plata... ¿Y de dónde sacamos plata nosotras? —No podía creer lo que nos pedía.

De pronto sentimos ruido en el pasillo; unos pasos se acercaban al tiempo que se encendían luces y las perritas de la Normi se dirigían ladrando a toda carrera hacia nuestro dormitorio.

—Escóndete —ordenó Ana, mientras yo agarré por un brazo a Sofía y la empujé bajo mi cama.

—¿Se puede pasar? —era la voz de la Normi al otro lado de la puerta, acompañada de los ladridos de las perritas.



—Sí —dijimos en coro.

La puerta se abrió apenas un poco y las perras se tiraron como fieras gruñendo hacia mi cama.

—Normi, tus perras no nos quieren, mándales que salgan —le supliqué a mi abuela quien, con un chasquido de dedos, las sacó de la pieza.

—Ustedes deberían estar durmiendo —dijo mi abuela, con cara de reto.

—Es que se nos quitó el sueño y estábamos conversando —Ana puso su mejor sonrisa.

La Normi nos miró seria, nos tiró un beso de esos bien sonoros, y se fue. Cuando sentimos que sus pasos se alejaban y que las perras ya no ladraban, sacamos a Sofía de debajo de la cama. Estaba tiritando de frío pues la casa de mi abuela es tan helada que yo creo que una se entume lo mismo afuera que adentro, además que sólo traía puestos unos pantalones y un chaleco delgados. Me metí en la cama, haciéndole un espacio para que se abrigara.

—¿Nos podrías explicar un poquito más lo que quieres? —le pregunté a Sofía, con tono irónico.

—Puchas, yo sé que me he portado súper mal con ustedes —se disculpó nuestra amiga.

—Eso no lo tienes que decir, está clarito —Ana sí que sabe ser pesada cuando quiere.

—Necesito tener trescientas lucas para el jueves —dijo Sofía, casi sin respirar.

—¡Trescientas lucas! —se me escapó un grito.

—¡Chuuuu! —Ana me hizo callar, al tiempo que movía la cabeza con cara de pregunta—: ¿Cuánto es eso?

Ana no tenía idea de lo que hablábamos.

—Como seiscientos dólares —respondí después de hacer los cálculos matemáticos en mi cabeza, que es lo único en que soy buena en el colegio.

—Pero eso es mucho dinero, chica, nosotros no tenemos, ¿para qué lo quieres? —Ana se agarraba la cabeza y se estiraba los rulos. Siempre lo hace cuando está nerviosa.

—Se las tengo que pagar a Julio.

—¿Por qué le debes a Julio? —pregunté.

—Es la cantidad que me falta para completar lo que perdí de la mochila.

—¿Qué tenía la mochila? —No sé cuantas veces le había preguntado lo mismo.

—Les juro que no sé, pero Julio dice que era algo muy importante y que si no lo quiero ver furioso, le tengo que pagar.

Yo le creí. Sofía me preguntó entonces si se podía quedar esa noche en la casa, porque le daba miedo quedarse sola, ya que su hermano estaba estudiando

para un examen en la casa de un compañero y su mamá estaba trabajando. Yo sé que es la Normi la que decide esas cosas y que lo más probable era que dijera que no, pero igual le dije que bueno, con la condición de que tenía que irse apenas aclarara para que mi abuela no la viera.

Nos quedamos dormidas como a las dos de la mañana, dejando la cortina abierta para despertar cuando amaneciera. Apenas noté la luz del día, desperté a Sofía y ella salió por la ventana, trepó la reja sin hacer ruido y desapareció.

(ANTES DE DORMIR)

Yo creo que tengo cara de niña discreta pues siempre me cuentan secretos. A mí igual me gusta, aunque éste me dejó con ganas de contárselo a alguien, pero el único problema es que juré que no lo haría. Así es que estoy perdida: ni siquiera puedo compartirlo con Ana.

Sofía tocó el timbre a la hora del desayuno. Como le cae tan bien a la Normi, le abrió la puerta al tiro y la invitó a tomar leche y a comer galletas con nosotras (a mi abuela le encanta darnos comida, parece que la hiciera feliz vernos masticando). Después de lavar los platos entre las tres, Ana se fue a la salita a escribirle

una carta a su mamá y yo me quedé sola con Sofía en el dormitorio haciendo las camas.

—¿Te puedo contar algo? —me dijo con cara de circunstancias.

—Sí —respondí mientras sacudía las sábanas.

—Pero me tienes que jurar que no se lo dirás a nadie —dijo.

—Te lo juro —A veces uno jura sin saber qué.

Sofía me habló entonces sobre la fiesta en que conoció a Julio, a principios de año. Fue un viernes en que su hermano llegó a la casa con un montón de compañeros y compraron bebidas, cerveza, papas fritas y todas esas cosas típicas de fiesta. Él no había pedido permiso pero, como su mamá trabaja de noche en el Hospital Militar, daba lo mismo, pues si ella llamaba por teléfono todos se quedarían callados hasta que cortara y punto. Al comienzo, mi amiga se quedó en su dormitorio, pero después le dieron ganas de mirar lo que pasaba y se sentó en la escalera. Todos se reían como locos y bailaban haciendo bromas cuando, de repente, alguien se sentó a su lado; lo miró y lo encontró lindo, con su pelo rojo, la cara llena de pecas y los ojos verdes de pestañas muy largas. Se quedó mirándolo como hipnotizada y sólo reaccionó al escuchar su voz.

—Me llamo Julio, y tú, ¿cómo te llamai?

Ella lo seguía mirando como tonta.

—Sofía —contestó.

Y eso fue todo; Julio se paró enseguida y siguió bailando con sus amigos. Desde esa noche, Sofía no había olvidado al compañero de su hermano, aunque ya había perdido las esperanzas de volver a verlo.

Me contó, además, que una vez en que a su mamá le pidió plata para comprarse ropa, ella le dijo que no tenía porque apenas le alcanzaba para pagar su colegio y la universidad de su hermano, y que, como su papá se había ido de la casa con otra señora... y empezó a hablar en contra de su papá. Sofía me agregó que le cargaba que su mamá hablara mal del papá y que ese día se enojó y se pusieron a pelear. Como a la Sofía le dio mucha rabia, salió llorando de la casa y caminó hasta una plaza que estaba como a cuatro cuadras. Su mamá la siguió y cuando la vio sentada en el pasto apoyada en un árbol, se volvió a la casa. Estaba en lo mejor pensando cuando, de la nada, apareció Julio, el compañero de su hermano que había conocido en la fiesta, quien se acercó a ella y la saludó. Sofía se sorprendió de verlo, pero igual se puso un poco feliz porque lo encontraba tan lindo que hasta le estaba comenzando a gustar. Hablaron

harto rato. Ella le contó de su enojo por no poder comprar las cosas que tenían sus compañeras y que le gustaban tanto, porque no tenían plata, de cuando sus papás se separaron y otras cosas más. Ella pensaba que Julio era una buena persona porque la escuchaba súper atento y le decía que la entendía pues a él le pasaba lo mismo, pero que la podía ayudar. Le contó que hacía unos trabajitos fáciles y bien pagados y que, si ella quería, le podía preguntar a su jefe si podía trabajar con ella. Sofía le dijo que bueno, le dio su teléfono y Julio quedó en llamarla.

Pasó como una semana sin que supiera de Julio, hasta que una tarde sonó su celular y él le pidió que se juntaran a la salida de la estación del Metro que queda súper cerca de la casa de mi abuela. Cuando se encontraron, sólo le pidió que llevara un bolso a una dirección cercana a la calle Bilbao, como a una cuadra del supermercado Jumbo, donde le iban a pasar un sobre, el cual se lo tenía que entregar a él en ese mismo lugar dentro de una hora. Sofía hizo el encargo, le pagaron cinco mil pesos y quedó feliz.

Mi amiga hablaba bajito y a cada rato se asomaba por la puerta para asegurarse de que nadie nos escuchaba. Me rejuró que nunca preguntó por el contenido de los bolsos y que una vez, al abrir uno, sólo vio un

paquete al que no le dio mayor importancia. Sofía está repartiendo esos bolsos desde hace como tres meses y ya se ha recorrido medio Santiago; hasta tiene un mapa de esos del Transantiago para saber cómo llegar a las direcciones. Por cada entrega Julio le paga cinco mil pesos y con esa plata ella ha podido comprarse todas las tonteras que ha querido, como ropa a la moda, zapatillas y no sé que más. Me insistió en que nadie sabe de esto, sólo nosotras, porque como su mamá y su hermano nunca están en casa ni siquiera se dan cuenta cuando sale, y que las cosas que se compra las usa cuando está sola para que su mamá no le pregunte de donde las sacó. Una vez olvidó quitarse el reloj súper bacán que tiene, y cuando su mamá le preguntó de dónde lo había sacado, le dijo que se lo había prestado una compañera. Y todo quedó hasta ahí.

Sofía dice que no sabe lo que es ese polvo blanco, pero que cree que no es nada bueno. Cuando le dijo a Julio que un perro había roto el paquete, él se puso como loco y no le creyó nada. “¿Creís que soy tonto, pendeja?” le había dicho Julio, con la cara roja de rabia, agarrándola por un brazo para llevarla no sabía adonde. Aquello ocurrió el día en que nosotros la seguimos hasta la plaza Egaña y nos quedamos mirando la escena. Sofía tenía tanto susto de que le

hiciera algo feo, que se soltó como pudo de Julio y corrió hasta donde estábamos nosotros. Dijo que no nos contó nada ese día en la casa de mi abuela porque le da susto Diego, al que encuentra muy mandón y capaz de ir a contarle todo a su mamá.

Después del encuentro en la plaza Egaña, mi amiga no había vuelto a ver a Julio, pero él la llamó por el celular y le dio dos días de plazo para juntar la plata que perdió. “Mi jefe cuando se enoja es muy malo”, le dijo y ella quedó aterrada, aunque no tiene ni la menor idea de qué quiere decir con “muy malo”. Luego de escuchar a Sofía, le prometí mi ayuda para intentar juntar la plata, pero creo que es difícil que lo logremos. También le ofrecí hablar con Ana, Milo y Diego, sin contarles toda la historia, para que entre todos planeáramos algo.

Le ordené a Sofía que regresara a su casa, juntara todas las cosas bacanes que se había comprado y que después nosotros pasaríamos a buscarla. Tenía algo pensado y sólo me faltaba averiguar si mis amigos me apoyarían en la idea. Entré a la salita en donde estaba escribiendo Ana y le pedí que fuera a la casa de nuestros vecinos y les dijera que nos juntáramos aquí.

Ana, Milo y Diego se sentaron en el viejo sofá café de la pieza del fondo del patio. Yo me paré frente a

ellos y les conté de la visita nocturna de Sofía y de la ayuda que nos pidió para juntar plata.

—La Sofía de nuevo —Diego se notaba molesto.

—Necesita que la ayudemos —Yo respiraba profundo y le hablaba con calma para tratar de tranquilizarlo.

—No seai tonta, Ema —siguió diciendo, pero no pudo terminar porque lo interrumpí.

—¿Sabes, Diego?, a mí me gustaría que mis amigos me ayudaran si estuviera en problemas. Yo te ayudaría si lo necesitaras —le dije un poco enojada.

—Pero, Ema, te pasas de buena gente; si ni siquiera quiso decirnos qué era ese polvo blanco —Diego puso cara de paciencia.

—No sabe qué es —respondí.

—¿Y tú le crees que no sabe? —preguntó Diego.

—Le creo —dije decidida.

—¿Y para qué quiere la plata?

—Para pagar lo que perdió y no meterse más con ese tal Julio —le contesté.

—¿Y tú crees que lo hará? —insistió Diego, realmente muy mandón.

—Sofía me lo juró —No era verdad, pero haría que me lo jurara.

A Milo y a Diego casi les dio un ataque cuando le hablamos de la cantidad de plata que necesitaba Sofía.

No nos querían ayudar, pero Ana y yo les rogamos como media hora, hasta que aceptaron.

Después de almuerzo nos juntamos en el pasaje frente a la casa de nuestros vecinos. Milo amarró con una cuerda a su bicicleta un carrito de esos para ir a comprar a la feria y partimos los cuatro a buscar a Sofía. Ella nos estaba esperando, acomodó en el carrito las cosas que yo le había dicho que juntara, y regresamos a la casa de mi abuela, a la pieza en el fondo del patio que ahora es nuestra guarida.

Los cinco empezamos a dar ideas para juntar plata. A Ana, que le gusta ser líder en estas cosas, ya se le habían ocurrido unas cuantas: vender las cosas que trajo Sofía, lavar autos, pasear perros, arreglar jardines, limpiar parabrisas de autos en las esquinas y otras más que ya no recuerdo. Como no teníamos tiempo para seguir pensando, porque no faltaba casi nada para el jueves, nos organizamos para salir esa misma tarde.

No se me ocurría cómo pedirle permiso a mi abuela para que nos dejara salir a ganar plata, cuando de pronto se me iluminó la cabeza.

—Normi, ¿te cuento?, se nos ocurrió juntar plata para hacer un asado —le dije, con un poco de susto.

—¿Cuánto quiere, mi hijita? —me contestó con esa cara de abuela mimosa.

—Nada, la gracia es que nosotros juntemos la plata, ¿me entiendes? Y se nos ocurrió que podríamos hacer como una feria de las pulgas, o lavar autos, cosas como esas —dije entredientes.

Yo estaba segura que mi abuela iba a poner el grito en el cielo e iba a decirme que no, pero ella debe ser de la misma especie de mis papás, que dicen que sí cuando una espera un no rotundo, pues lo encontró muy entretenido. Se puso a hablar de cuando ella era chica, que para los cumpleaños de sus hermanos juntaban plata para hacerse regalos y ella se ofrecía en las casas de los vecinos para pegar botones o cortar el pasto. Después siguió con que era bueno que supiéramos lo que cuesta ganarse la plata, que a nadie se la regalan, y un montón de cosas que ya se me olvidaron pero que en ese momento yo le escuchaba súper atenta para que no se fuera a arrepentir del permiso.

Lo primero que intentaríamos sería limpiar los parabrisas de los autos que se detienen en los semáforos. Milo y Diego fueron a su casa, se pusieron unos buzos medios viejos y trajeron unas botellas de esas de bebida de medio litro, que llenamos con detergente mezclado con agua y les hicimos unos hoyitos en las tapas. De entre los cachureos de mi abuela sacamos unas rasquetas, ya que tenía un montón de

rasquetas viejas, de esas que guarda aunque ya no las use. Estábamos listas para salir, pero los chicos dijeron que no podíamos ir con ropa buena, porque de seguro la íbamos a ensuciar. El problema era que Sofía no tenía tiempo de ir a su casa a cambiarse y que Ana y yo no teníamos nada viejo que ponernos. Yo me había traído de Dominicana mi mejor ropa y mi amiga de rulos se acababa de comprar ropa de invierno en Chile, así es que todo lo que teníamos era nuevo. A Ana se le ocurrió entonces buscar en la bodega de mi abuela y en medio de todos los cachureos encontramos una maleta del año de la pera llena de ropa. Cuando le preguntamos a mi abuela de quién era, nos dijo que era suya y que la guardaba porque “la moda siempre vuelve”, aunque yo creo que ni en mil años se podrían volver a usar esos trapos desteñidos con olor a naftalina. Lo bueno fue que encontramos unos pantalones muy divertidos, que mi abuela nos contó que se llamaban “patas de elefante”, unas blusas viejas llenas de rayas con unos cuellos enormes, y unos chalecos tejidos a mano de la época en que a la Normi se le ocurrió hacer cosas manuales. Las tres nos pusimos esas ropas y nos veíamos tan ridículas que los chicos no podían parar de reír cuando salimos del dormitorio.

Limpiar parabrisas no es tan fácil como pensábamos. Caminamos hasta un cruce importante de calles, donde Diego nos repartió los materiales de limpieza que llevaba en una mochila. Apenas vimos que se encendía nuestra primera luz roja, nos tiramos como locos a la calle. Con cara de lástima, les mostrábamos a los conductores de los autos la botella con detergente y la rasqueta, pero nadie quería nuestros servicios. Para peor, a la tercera luz roja aparecieron unos niños más chicos que nosotros mirándonos con cara de odio. Y en cuanto volvimos a la vereda cuando dieron la luz verde, se dirigieron desafiantes hacia donde estábamos.

—¡Chiiiiiiiiiii! ¿Qué están haciendo los patúos? —un niño se paró en frente nuestro, empinándose para verse más grande.

—Lo que ves, limpiar vidrios —contestó Ana, con su acento extranjero.

—Voh' no podís na' venir a traajar aquí —el niño era moreno, tenía el pelo como un puercoespín y los mocos le colgaban brillantes.

—No podemos, ¿por qué? —Diego se puso por delante de Ana y se empinó, con los brazos en jarras.

—Porque esta esquina es de nosotros' —dijo el mocoso, con un movimiento de cabeza señalando a los demás niños que esperaban tras él.



—Mala suerte, amigo, vamos a limpiar igual —se me ocurrió abrir la bocota.

—Ahhhh, ya —con su mano el niño hizo señas a alguien y al instante apareció un vendedor de dulces, de esos que antes andaban en las micros pero que ahora, con lo del Transantiago, no se pueden subir y venden en los paraderos.

—¿Qué paha', machucao? —El tipo nos miró de pies a cabeza.

—No pasa nada, señor, nosotros nos estamos yendo —dijo Milo, mientras nos hacía señas con la mirada.

No teníamos idea que las esquinas tenían dueño, así es que nos encaminamos hasta otro cruce sin limpiadores de vidrios. Parecía buen lugar, ya que justo al frente había un cine y pasaban muchos autos. Pero, por más esfuerzos que hacíamos, muy pocas personas nos dejaban limpiar los parabrisas. Los peores eran esos a los que después de limpiarles el parabrisas partían súper apurados sin darte ni medio peso.

Llegamos a casa antes de que oscureciera, nos sentamos en el sofá y tiramos al suelo todas las monedas obtenidas. Dos mil ciento cincuenta pesos fue todo lo que conseguimos entre los cinco. Limpiar vidrios no era la mejor idea.

Estoy muerta de cansada, ya he escrito como mil hojas, es súper tarde y mañana tenemos que ir a vender las cosas de Sofía a una feria que no sé dónde se pone, pero que Diego y Milo sí lo saben.

MIÉRCOLES 25 DE JULIO

Nos juntamos a las diez de la mañana en punto afuera de la casa de los chicos, como quince minutos antes que Sofía llegara atrasada. Nos enojamos un poco con ella pues todo esto lo hacemos para ayudarla, pero pareciera ser la menos interesada. La Sofi nos saludó de besos y cuando se acercó a mí le sentí un olor extraño, como a humo picante. Me sorprendió lo alegre que estaba: se reía si la mirabas o le hablabas, como que todo le causaba gracia. El día estaba nublado pero ella traía puesto unos lentes de sol. Mientras caminábamos hacia la famosa feria, Sofi se tropezó dos o tres veces, como si no viera por donde iba. Cuando se quitó los lentes, me fijé que tenía los ojos chiquitos y súper rojos.

—¿Qué te pasó? —le pregunté.

—Na'... jajaja —me respondió y se puso nuevamente los lentes.

Me acordé de los huéspedes del hotel que administra mi papá en Dominicana, porque ella hablaba

igual que esos turistas fanáticos que se lo pasan el día entero tomando tragos en el bar.

La feria estaba como a diez cuadras de la casa de mi abuela, en una calle angosta junto a unos edificios en bloques con jardines y escaños que daban a la calle. Había visto ferias pero nunca estuve en una porque mi mamá compraba todo en el supermercado. El lugar es muy entretenido: lleno de puestos con carpas de muchos colores que venden de todo, verduras, pescados, ollas, ropa, muebles y cualquier cachureo que uno se pueda imaginar. Los vendedores anuncian su mercancía a grito pelado: “a la buena papa, a la buena papa”, “verdecitas las manzanas”, “caserita lleve el zapallo pa’ que le engorde la pierna”, “fresquita la pesca”, mientras los compradores se pasean tirando unos carritos y deteniéndose en cada puesto para ver qué ofrecen.

Nos ubicamos al final de la feria. Pusimos una sábana en el suelo y sobre ella todas las cosas de la Sofi: los jeans tipo militar con brochecitos, las zapatillas con ruedas, unos vestidos brillantes, poleras con aplicaciones doradas, la cámara de fotos digital, unas mochilas bacanes y otros tantos cachureos que nos dio la Normi (que yo pensaba que era imposible que se vendieran).

—¿A cuánto? —preguntó una señora gordita, agarrando una de las poleras con estampados brillantes.

—Luca —respondió Diego.

—Chiiiiii, como que luca, si me costó diez —dijo Sofía, con la lengua media enredada, y le quitó a la señora la polera de las manos.

—Mil pesos, señora —Diego puso cara de enojo, le arrebató la polera a Sofía y se la devolvió a la señora con una sonrisa.

La señora miró con detención la prenda y luego se la acercó al cuerpo, estirándola para ver si su humanidad cabía dentro.

—No creo que le entre, señora —dijo Sofía, muerta de la risa—; por la talla, usted me entiende —siguió hablando, al tiempo que hacía unos gestos con las manos señalando la enorme panza de la mujer.

—¡Insolente! —gritó nuestra primera cliente antes de arrojar la polera al suelo e irse.

—Estai loca, Sofía, qué te importa si le entra o no la polera, lo que queremos es venderla —le dije, antes que Diego se pusiera a alegrar.

—Perdón, está bien, me quedo callada —Sofía estaba realmente más rara de lo común.

—Ema, llévate a la Sofía a dar una vuelta; creo que esto no le está haciendo nada de bien —me ordenó Ana.

Ana, Diego y Milo se quedaron a cargo de las ventas mientras yo caminaba por la calle agarrando de un brazo a Sofía. De tanto en tanto, miraba hacia atrás y podía ver que se había juntado un poco de gente revolviendo lo que ofrecían nuestros amigos.

Intenté hablarle un par de veces a Sofía, pero no tenía caso ya que no podía seguir una conversación. Se ponía a reír de la nada y se tropezaba hasta con sus propios pies. Finalmente nos sentamos en un escaño de los jardines que están junto a la feria, donde Sofía se quedó dormida, sueño que cuidé para ver si se le quitaba la tontera. Al cabo de una media hora despertó como si nada y regresamos a continuar la venta con nuestros amigos.

Sofía se agachó ante la sábana mirando con pena lo que quedaba de sus cosas.

—Hemos vendido hartó —le dijo Milo, como tratando de consolarla.

—Sí, faltan varias cosas —tenía los ojos llorosos.

—Ánimo, Sofi —le dijo Ana.

Como la miró sollozando, Ana me volvió a hacer una seña con la cabeza para que me la llevara a otro lugar.

—¿Me acompañas a comprar una bebida? —le dije a Sofía y nos encaminamos hacia un kiosco.

—Puchas... me da pena tener que deshacerme de mis cosas —me confió.

—Tú sabes que no tenemos otra manera de juntar la plata y que tus amigos te estamos ayudando. Deberías estar contenta —le dije.

—Es que de nuevo me voy a quedar con la misma ropa vieja de siempre —y justo, cuando estaba diciendo eso, vimos pasar a una señora con una niña de la mano que trataba de equilibrarse sobre unas zapatillas con ruedas.

—Noo... mis zapatillas —Sofía se lamentaba mientras se llevaba una mano a la boca.

—Ya po'h Sofi, si ya está hecho, no te sigas lamentando —Me terminó dando rabia el escándalo que armaba.

Caminábamos de vuelta cuando vimos venir corriendo a nuestros amigos; traían la sábana hecha un atado y los restos de la venta en su interior.

—¿Qué onda? —les pregunté.

—¡Los pacos! —me gritó Milo, y nosotras los seguimos corriendo tras ellos.

No nos detuvimos hasta llegar a la casa de la Normi, totalmente transpirados y agotados. Milo dice que si los carabineros te encuentran vendiendo sin permiso de la municipalidad, te quitan las cosas y

más encima te llevan a la comisaría. Al menos nos fue bien en las ventas: juntamos treinta y cinco mil pesos, que más los dos mil ciento cincuenta pesos, hacían treinta y siete mil ciento cincuenta pesos... Claro que nos falta mucho aún para llegar a lo que necesitamos y sólo tenemos tiempo hasta mañana.

Los cinco almorzamos en casa de mi abuela. Creo que a la Normi le da pena vivir sola porque no tiene con quien hablar; por eso trata a sus perritos como si fueran personas y esto de tenernos a Ana y a mí alojando en su casa, y más encima con invitados, le gusta tanto que no puede disimular la cara de felicidad.

Mientras comíamos pensábamos en qué podíamos hacer para reunir más plata. A Ana se le ocurrió una súper idea; cuando fuimos a Providencia a comprar ropa de invierno para ella, en una esquina vimos a un señor vestido de huaso que bailaba solo al ritmo de una cueca que sonaba a duras penas desde un viejo equipo de música puesto sobre un banquito. El bailarín sonreía y agitaba el pañuelo entusiasmado, mientras la gente se paraba a mirarlo y le dejaba monedas –y hasta billetes– en una cajita que había puesta en el suelo. Estuvimos como media hora viendo a este señor; a Ana le gustó tanto su baile que no había forma de sacarla y, al momento de irnos, lo

aplaudió como loca y le dejó en la cajita un billete de cinco mil pesos.

–Es lo que tenemos que hacer: bailar en la plaza Egaña –a mi amiga Ana se le iluminó la cara.

–Yo no sé bailar cueca –dijo Milo poniéndose rojo, yo creo que de sólo pensar en bailar en público.

–Ema y yo sabemos bailar merengue –Ana seguía muy entusiasmada.

Yo no tenía muchas ganas de ponerme a bailar en una plaza, pero no pude decir que no pues antes de que pudiera abrir la boca Ana partió corriendo hasta el dormitorio y regresó con unos CDs y una radio. A los dominicanos no les da nada de vergüenza bailar; ellos son tan alegres que el “ritmo lo llevan en la sangre”, como dice mi mamá. Ana corrió la mesita de la terraza y puso la radio a todo lo que da. Apenas se empezaron a oír los merengues que yo ya conocía, mi amiga se puso a inventar unos esquemas que me obligó a practicar con ella.

En mi vida había tenido tanta vergüenza. A eso de las cuatro llegamos a la plaza Egaña y nos ubicamos a la salida del Metro, en un costado donde no molestáramos mucho. Ana había obligado a Diego, a Milo y a Sofía a ponerse unas blusas floreadas de mi abuela, que encontramos en una maleta vieja de la

bodega (para dar ambiente, dijo), mientras nosotras nos pusimos unos jeans y unas poleras brillantes que quedaron de las ventas de Sofi. Ana me hizo un moño como tomate y ella se acomodó las cuatro trenzas, con las que siempre se peina.

Pusimos la radio sobre el borde de las jardineras, que era súper alto, y apoyamos en el muro un cartel en el que habíamos pintado con ténpera lo siguiente: Gran espectáculo de merengue directamente de República Dominicana. Habíamos intentado pintar unas niñas bailando con ropas de muchos colores y pusimos delante del escenario improvisado un sombrero con unas monedas. Ana alineó detrás de nosotros a Diego, a Sofía y a Milo.

—Ustedes van a moverse al ritmo de la música, como si fueran el coro —les ordenó.

Todos tomaron sus lugares a regañadientes. Ana hizo un chasquido con los dedos y Milo, con la cara roja de vergüenza, encendió la radio. Comenzó a sonar la voz pegajosa de Amarfis cantando On Fair, la canción favorita de mi amiga que está súper de moda en Dominicana. Al primer sonido de la tambora, Ana se comenzó a mover de una manera increíble, mientras yo ni siquiera podía despegar los pies del suelo. Miré discretamente hacia atrás y me di cuenta

que los chicos estaban con la boca abierta y congelados de la impresión; poco a poco me fui corriendo hasta quedar al lado de Milo, le di un codazo y empecé a hacer unos movimientos torpes de un lado para el otro, intentando seguir la melodía. Milo me quedó mirando y comenzó a hacer lo mismo. A la mitad de la canción Diego, Sofía, Milo y yo nos movíamos lo mismo que una momia en una fiesta, en tanto que Ana casi se desarmaba. La gente empezó a reunirse formando un círculo. Nuestra amiga bailarina se veía feliz; su cara sonreía mostrando esos dientes tan blancos que contrastaban con su piel color chocolate. —¡Eso, negrita!— alentó un tipo con cara de fiesta. La música estaba tan buena que hasta el público bailaba. Al término de la canción Ana hizo una reverencia y le lanzó una mirada a Diego, quien salió en el acto de su lugar —que más que coro parecía formación militar— y pasó el sombrero entre los espectadores. Un nuevo chasquido de los dedos de Ana hizo que Milo encendiera la radio y que ésta empezara a tocar La cosquillita, de Juan Luis Guerra, que aquí en Chile, al ser más conocido, hizo que la gente se pusiera a aplaudir. A estas alturas nos habíamos entusiasmado y bailábamos un poquito más. Pero la alegría nos duró poco porque se abrió paso entre la gente un

tipo de pelo colorín que nos quedó mirando con cara de pocos amigos. Sofía, al verlo, se quedó quieta y se puso casi verde de terror, me miró inmóvil y yo me acerqué bailando hasta su lado.

—¿Qué onda? —le pregunté al oído, sin borrar la sonrisa de mi cara.

—El Julio —me dijo.

El tipo rodeó el círculo de gente y tomó de un brazo a Sofía tirándola hacia sí mientras le decía algo que no pude oír (debido a que el volumen de la música estaba altísimo) y luego desapareció.

—Me dijo que me tiene vigilada —la voz de Sofía salió entrecortada.

Mientras Ana seguía bailando la cosquillita apareció una camioneta de Vigilancia Ciudadana de la municipalidad, de la cual se bajó un señor vestido de azul con una gorra como de carabinero, pero también azul, con el escudo municipal. Parece que el uniforme le quedaba chico ya que casi se le reventaban los botones de la chaquetilla. Se puso delante de la radio y la apagó.

—¡No pueden hacer esto aquí! —dijo el vigilante con voz de autoridad, al tiempo que se encaramaba los pantalones y sacaba pecho.

—Pero si no estamos haciendo nada malo —contestó



Ana con su acento tipo merengue dominicano, igual que el de las canciones.

—Mijita, no sé de dónde será uste', pero aquí esto se llama "perturbación del orden público" —dijo el señor, como si se supiera la frase de memoria.

Los cinco nos miramos con cara de decepción, enrollamos el cartel, tomamos la radio y comenzamos a caminar en dirección a la casa de mi abuela. De pronto me percaté que el tipo colorín estaba sentado en un escaño de la plaza, con un cigarrillo en la mano, sin despegarnos la vista.

—No miren: nos están espiondo —les dije a mis amigos lo más discretamente que pude.

—¿Quién nos espía? —preguntó Diego, tan desubicado que miraba para todas partes, aunque de pronto supo quién era porque el tipo le hizo una seña con la mano.

—Vámonos a la casa de la Normi —ordenó Ana, que estaba toda transpirada de tanto bailar.

Mientras caminábamos las pocas cuadas que nos separaban de la casa mirábamos hacia atrás de reojo. Julio nos seguía descaradamente a paso firme, como si quisiera que supiéramos que estaba presente.

Mi abuela nos estaba esperando con una tremenda sorpresa: nos había preparado una mesa en nuestra

guardida llena de cositas ricas para comer; queques, pastelitos, cocadas, sanguches y bebidas.

—Para los trabajadores —dijo y se puso a reír—. Me encanta verlos haciendo cosas y no arrañados viendo tele —siguió diciendo mientras cerraba la puerta y nos dejaba solos.

Lo de bailar en la calle tampoco resultó un buen trabajo pues apenas recaudamos algo más de dos mil pesos. Quizás si el guardia no nos hubiera echado habríamos reunido más, pero no se pudo. Dejamos la plata junta con la anterior y nos sentamos a comer las cosas que la Normi nos había preparado.

—¿Qué hacemos con ese tal Julio? —dijo Milo, con la boca llena de cocadas.

De pronto de la garganta de Sofía salió un grito descontrolado. Nuestra chica problema se había puesto pálida, con la mirada fija en una de las ventanas de la pieza que da al muro que separa la casa de la calle. Todos miramos al mismo tiempo: entre las ramas de las ligustrinas que están junto al muro asomaba la cabeza de Julio, quien nos miraba con ojos furiosos. Sonó el teléfono celular de Sofía y vimos cómo el colorín se llevaba al oído su celular, haciéndole señas para que contestara.

—Sí —Sofía contestó titubeante—. Estamos en eso...

si sé que hasta mañana –hablaba hacia el celular pero miraba la cabeza asomada del colorín–. A las diez... es muy temprano, dame más tiempo –suplicó nuestra amiga–. Si sé que el jefe se enoja... hasta las dos, por favor –y se quedó callada, escuchando atenta lo que el tipo le decía.

Sofía cerró el teléfono y nos quedó mirando con cara de afligida, mientras la cabeza del colorín desaparecía tras el muro.

–Me dio tiempo hasta las dos –dijo.

–Sabes, Sofi, no es por ser mala onda, pero no tenemos cómo juntar esa plata. –Milo tenía razón.

–Nos tenemos que adelantar –a Ana se le iluminó el rostro, como siempre que se le ocurre una idea.

–No digas eso que me da susto –dije pensando en qué se le ocurriría.

Ana se paró del sofá, caminó hasta la puerta y la abrió para asegurarse que nadie nos escuchaba. Luego nos hizo una seña con la mano para que entráramos en el baño que tiene la pieza de servicio.

–Tenemos que denunciar a Julio –dijo bajito. La escuchábamos a duras penas.

–Pero, ¿de qué lo denunciamos? –preguntó Sofía.

–Yo creo que lo que te pasaban para que reparieras era droga; no sé cómo fuiste tan tonta que no

te diste cuenta –Ana siempre se hacía la inteligente y la súper viva.

–No puedo – dijo Sofía con decisión.

–¿Por qué no puedes? –preguntó Diego.

–Tendría que decirle a mi mamá y estoy segura que ella me mata, o lo que es peor, me manda a vivir con mi papá.

Los padres de Sofía se habían separado hacía unos años y su papá vivía en Puerto Montt, muy al sur de Chile.

–A veces no queda otra que contarle a los papás –dijo Ana.

–Pero Ana, tú sabes que no siempre es así; acuérdate del año pasado con lo de la Sole –le dije.

Como los chicos nos quedaron mirando con cara de perdidos en el espacio, no nos quedó más que contarles todo el despelote que se nos armó el año pasado cuando encontramos un solenodonte (un animal en extinción de la fauna dominicana) y lo escondimos sin decirle a nadie, y sí que fue arriesgado todo eso. Nos escucharon con tanta atención y quedaron tan impresionados con todo lo que se le ocurrió a Ana y cómo salimos del lío, que decidieron seguir adelante, sin decirle a nadie. Pero primero Sofía tuvo que rejarar que apenas termináramos con esto

no vería nunca más al tal Julio y que no se metería con chicos tan mayores, porque de verdad parece que es medio peligroso hacerlo.

Esta noche Sofía se quedará en la casa de la Normi; su hermano no está en su casa y a su mamá le toca el famoso turno de noche que siempre hace. Mi abuela no puso problemas y nosotras inventamos quedarnos en nuestra guarida con sacos de dormir. Así podríamos hablar hasta tarde y pensar de dónde sacar más plata.

Nota: Sigo mañana pues ahora las chicas me están llamando para que les ayude a ordenar los sacos.

JUEVES 26 DE JULIO (DE MADRUGADA)

Todos duermen, menos yo. Mi abuela dio como mil vueltas antes de acostarse y a eso de las doce nos vino a ver por última vez para irse, por fin, a la cama. Ya a oscuras, Ana comenzó a preguntarle a Sofi cosas que a mi amiga le parecían importantes, como los lugares que nombraba Julio, adónde le tocó ir a dejar bolsos y otras cosas más de las que ya ni me acuerdo porque me quedé dormida. Cuando desperté con ganas de ir al baño, la pieza estaba a oscuras y al salir

de mi saco tropecé con el de Sofía y me caí sobre él. Había comenzado a pedirle perdón por el golpe, cuando me di cuenta que el saco estaba vacío y que la puerta de salida, que da hacia el patio, se hallaba entreabierta. Me dio pánico de sólo imaginar que podía haber entrado Julio, sin que nos diéramos cuenta, y se hubiera llevado a Sofía.

—Ana, despierta —le dije a mi amiga de rulos, pero ella dormía como una momia.

—¡Ana! —le grité y por fin despertó.

—¿Qué pasa ahora? —Ana siempre se enoja cuando la despiertan.

—Sofía no está — le dije.

Ambas salimos de la pieza sin hacer ruido gracias a que la luminaria del pasaje alumbraba el patio lo suficiente como para no tropezar. La noche estaba muy helada, de nuestras bocas salía ese típico vapor que provoca el aliento, que Ana no conocía porque en Dominicana llueve mucho en invierno, pero con calor. Nos detuvimos tiritando en el borde de la terraza, desde donde vimos una nube de humo que provenía del rincón que queda entre la pieza y el muro que separa el patio de la calle. Con Ana nos miramos y, como si tuviéramos un acuerdo previo,

nos encaminamos al lugar; sentí un olor picante, igual al que tenía la ropa de Sofía el día anterior en la feria. De pronto, un espantoso ruido nos hizo dar un salto de terror, las latas del techo de la bodega crujieron estruendosamente y sobre nosotros pasó como volando una figura blanca que aterrizó sobre el techo de la pieza de servicio. Sentí que mi corazón palpitaba tan fuerte que hasta pensé que me daría un ataque.

—Son unas cobardes —la voz y las risas de Sofía hicieron eco en mis oídos, al tiempo que veía a Úrsula, la gata blanca de mi abuela, caminando altiva por el techo.

—¿Que haces afuera con este frío? —le pregunté a Sofi, con la respiración agitada.

—Nada —respondió ella, pero Ana se me adelantó y le quitó un cigarrillo que apagaba en ese momento tratando de esconderlo.

—¿Esto es nada? —le preguntó Ana, enseñándole los restos del cigarro.

Sofía no tuvo tiempo de contestar porque entre Ana y yo la levantamos del suelo, donde estaba sentada, y casi a rastras la llevamos a nuestra guarida. Encendimos la luz y sentamos a nuestra amiga descarriada en el sofá. Ésta continuaba actuando en forma extraña,

riéndose de todo. Tenía los ojos chiquitos y rojos y hablaba puras tonteras.

—¿Sofi, qué estabas haciendo afuera? —le pregunté, lentamente.

—Nada —contestó.

—¿Esto es nada? —Ana le mostró el cigarrillo.

—Esto... ja, ja, ja... esto es muy bueno ¿querís?

—Sofía se reía y hacía movimientos bruscos, como los borrachos.

—No, no quiero —Ana contestó enojada—. Dime, ¿qué es?

—Mira, amiga mía... ja, ja, ja... esto te quita los problemas... ja, ja, ja —Sofía no paraba de reír.

—Contéstame. ¿Qué es? —Ana preguntó furiosa.

—Ya, pero no te enojés... Don Pito, le presento a la señorita Ana —a Sofía se le enredaba la lengua y de pronto, como si nada, cayó tumbada en el sofá y se quedó profundamente dormida.

Ana y yo nos miramos con cara de interrogación; mi amiga de rulos aún tenía el cigarrillo en la mano y lo olía, como intentando identificarlo.

—Yo creo que esto es marihuana —me dijo, y a mí me dio un frío de nervios que no podía controlar.

—¿Por qué crees que es marihuana? —le pregunté, esperando que sólo fuera una tincada de mi amiga.

—Porque no huele como los cigarros que venden en los kioscos y la Sofi está muy rara —Ana me pasó el cigarrillo; en realidad, su olor era muy distinto a los que antes había sentido.

—Ahora tenemos que dormir, Ema —me dijo Ana, al tiempo que recogía el saco de Sofía para arrojársela en el sofá. Después se metió en su saco y se quedó dormida casi al instante.

Yo no sé mucho de drogas, más bien diría que no sé nada. Todo lo que he escuchado me lo han contado en el colegio y sólo recuerdo la frase “que la droga es mala”. Es lo único que me ha quedado claro porque no he puesto mucha atención al tema, que encuentro un poco aburrido. También he visto algunos reportajes en la tele, en que muestran personas que parecen estar locas, con la mirada ida, hablando puras tonteras. Casi siempre son muy pobres y viven debajo de los puentes o algo por el estilo. Ahora que lo recuerdo, en un reportaje dijeron una vez algo de un pito de marihuana y Sofía dijo “Don Pito”. Pero Sofía no es como la gente que mostraban en la tele, ella es más bien como nosotros y no vive bajo los puentes ni nada de eso. Ahora sí que estoy preocupada.

Nota: Me dio frío; creo que lo mejor será hablar con Sofía mañana.



(MAS TARDE AÚN)

Es raro, estoy muerta de sueño pero no puedo dormir; me he quedado pegada pensando en esto de que talvez Sofía es drogadicta. Ahora me calzan cosas como, por ejemplo, el paquetito que encontré escondido en un peluche en el dormitorio de Sofía, que había olvidado por completo, y también el que en la feria ella tenía el mismo olor que hoy en la noche y se comportaba igual. ¿Estaría drogada? ¿Por qué se droga? ¿Y si la droga en realidad no es mala, como nos dicen en el colegio, o en los reportajes de la tele que sí lo es? Mejor no sigo pensando; intentaré dormir.

Nota: Qué ganas tengo de poder hablar con alguien que sepa del asunto. Podría ser mi mamá, pero no creo que ella sepa mucho y si le cuento de Sofía talvez no me dejaría verla nunca más. Como que a los papás le dan miedo estas cosas y prefieren alejar a sus hijos de los amigos "problema", como dice mi mamá, aunque yo creo que cuando una amiga está metida en un lío hay que ayudarla. Si nadie lo hace, siguen y siguen metidas y esto no para nunca. Estoy pensando en llamar a mi mamá por la mañana y conversar con ella... pero mejor no lo hago porque es seguro que le pide a la Normi que nos mande de vuelta a Dominicana y aún nos queda una semana de vacaciones.

JUEVES 26 DE JULIO (AL MEDIO DÍA)

Han pasado tantas cosas en apenas unas horas, que intentaré escribirlas todas sin olvidarme de nada. Esta mañana Ana y yo despertamos con la tremenda sorpresa (Sofía no se enteró de nada pues seguía durmiendo) de que mi tía Paula, la hermana chica de mi mamá que vive en Chillán, nos había venido a ver. Entró despacito a nuestra guarida y me despertó a puros besos. Ana también abrió los ojos con mis gritos de alegría; hacía tanto tiempo que no veía a mi tía que no me pude aguantar. Nos saludamos como durante media hora. Paula me preguntaba de Dominicana, de mi vida en el hotel que administra mi papá, mientras miraba con cariño a Ana. Cuando terminamos de ponernos al día con las típicas preguntas de la familia, me acordé que Sofía continuaba durmiendo en el sofá y pensé que talvez Paula podía ayudarme a aclarar todas esas dudas que tenía sobre la marihuana, y si mi amiga la fumaba o no. Mi tía es hartito menor que mi mamá, tiene como quince años menos, y como ambas siempre nos hemos llevado tan bien, le tengo mucha confianza porque sé que le puedo contar cualquier cosa y ella nunca lo dirá. En un momento en que Paula (nunca le he

podido decir tía Paula) fue al baño, le dije a Ana lo que estaba pensando hacer.

—Yo creo que podríamos contarle a Paula lo de Sofía —le dije despacito, para que Sofi no despertara.

—¿Cuál de todas las cosas? —me pregunto Ana, con cara de paciencia.

—Eso de que tú crees que fuma marihuana —le dije en un susurro.

—Es que es lo mismo que decírselo a la Normi —me contestó, con cara de no estar segura de mi idea.

—No es lo mismo. Paula nos puede ayudar; estoy segura de que guardará el secreto.

—Yo no sé, había pensado que hablaríamos con los chicos y tomáramos una decisión —me dijo, como si ella siempre tuviera la razón.

Pese a que Ana no estaba de acuerdo, igual hablé con Paula. Cuando volvió del baño le dije que quería que conversáramos un ratito a solas, así es que nos trasladamos hasta el dormitorio y nos sentamos en una de las camas.

—Paula, ¿sabes tú algo sobre drogas? —le pregunté de una vez, antes que me arrepintiera.

—¿De drogas? —mí tía puso cara rara—. ¿Te pasa algo, Ema?

—A mí, no, pero creemos que a una amiga sí —le dije antes que le diera un ataque por la impresión.

—¿A quién? —preguntó seria.

—A Sofía, la niña que viste durmiendo en la pieza de atrás —le dije.

A Paula se le borró de la cara esa sonrisa eterna que tiene, se puso seria y me escuchó con toda la atención del mundo lo que le conté de la noche anterior: lo de la nube de humo y eso de reírse como loca y decir puras tonteras. Cuando terminé de hablar, fuimos hasta donde estaba Sofía, que seguía durmiendo toda desarmada sobre el sofá. Paula se acercó lentito, sin hacer ruido ni movimientos bruscos para no despertarla, se paró ante ella y se inclinó mirándola detenidamente. Después la olió igual que un perro sabueso.

—Me dijiste que le quitaron un cigarrillo. ¿Dónde está? —Paula se incorporó.

—Aquí —dijo Ana y le entregó el cigarro a Paula, quien lo miró detenidamente.

—Es marihuana —sentenció.

Las palabras de mí tía me quedaron dando vueltas en la cabeza, pero no pude pensar mucho en ello porque se me escaparon varias lágrimas. No sé si de susto, de nervios, de pena o porque simplemente soy llorona.

—No llores, Ema —me dijo Paula, con tanta dulzura que me dio más pena aún.

—Es que cómo hace eso —le dije a mí tía entre sollozos.

—Oye, Ema, claro que está mal que tu amiga esté fumando marihuana, pero esto se quita, no es una enfermedad mortal —Paula me hablaba calmadamente, como para que me entrara en la cabeza cada una de sus palabras.

—Es que no es sólo eso —dijo Ana, pero yo la interrumpí para que no siguiera hablando.

—Tampoco le hace caso a su mamá —dije de sopetón para que Ana se callara, y le envié una mirada de “no sigas diciendo cosas”.

—A ver, niñas, a ver si nos calmamos. Ya veremos cómo lo vamos a hacer para que su amiga hable con una sicóloga. Primero tengo que pensar en quién puede ser; ya les diré —la tía Paula es como mi mamá: primero piensa las cosas, después las planea y luego nos las dice.

Sofía despertó a eso de las ocho de la mañana. Ana y yo hacía rato que estábamos dando vueltas por la casa; la llegada de Paula nos hizo madrugar. Pero Sofi pareció ni acordarse del medio despelote en que estaba metida con esto de tener que entregar una plata que no pudimos juntar.

A las nueve en punto nos despedimos de Normi y Paula para reunirnos con los chicos, que ya nos

estaban esperando frente a la reja de la casa. Desde ese momento comenzó a quedar la escoba.

El día anterior habíamos planeado ir a lavar autos al supermercado. Milo conocía al administrador, que era scout en su misma tropa (aunque de esos viejos a quienes les gusta seguir metidos en esas cosas como niños chicos) y sabía que si le pedía permiso para hacerlo en el estacionamiento era seguro que le decía que sí. No sé por qué continuábamos haciendo cosas, tal vez para no perder las esperanzas, considerando que no teníamos cómo juntar la plata en un par de horas. Los cinco íbamos caminando en silencio hacia el súper que está a pocas cuadras de la casa de la Normi cuando, de la nada, apareció un auto rojo de esos bien modernos, descapotables, que se detuvo un poco más adelante de nosotros. Inmediatamente bajaron dos tipos morenos, de pelo engominado y mal afeitados, vestidos con unas chaquetas negras. Cuando íbamos pasando ante ellos, se acercaron repentinamente a Sofía, la tomaron por los brazos y la metieron a la fuerza al auto. Les dio lo mismo que la Sofi pateara e intentara gritar porque le tenían tapada la boca. Todo fue tan rápido que no alcanzamos a hacer nada, ni siquiera a mirar la patente, porque el auto partió hecho un bólido.

Quedamos como congelados. Ninguno de nosotros vio al tipo colorín al que Sofía le hacía los repartos, así es que no teníamos idea de quiénes podrían ser aquellos hombres. Ya no tenía caso seguir caminando hacia el supermercado; sin decir palabra, nos miramos y corrimos sin detenernos hasta llegar a la casa de mi abuela. Entramos saludando apenas y fuimos derecho a nuestra guarida.

—Esto se puso muy feo —dijo Ana, al tiempo que se sentaba en el sofá.

—¿Qué hacemos ahora? —Mi pregunta sonó estúpida en medio de las caras largas de los chicos.

—No tenemos nada más que hacer, sólo ir a Carabineros —dictaminó Diego, dándose aires de líder.

—Pidámosle a Paula que nos acompañe —dijo con un poco de pena al imaginarme a la pobre Sofi metida quizás en dónde.

Paula estaba en la cocina tomando té con mi abuela y conversando súper animada. Las miré, haciéndome la tonta, y le pedí a mi tía que hablara un ratito con nosotros. Se paró en el acto y nos trasladamos a nuestra guarida.

—Creemos que secuestraron a Sofi —le dije de sopetón apenas entró a la pieza.

—¿Qué? ¿Secuestraron a quién? —Paula se puso blanca como papel y se dejó caer en el sofá junto a Milo.

—A Sofía, la niña que estaba durmiendo cuando llegaste —le contesté.

—¿La que fuma marihuana? —preguntó.

—¿Que fuma marihuana? —Diego dio un grito de impresión al tiempo que se agarraba la cabeza.

—La encontramos anoche en el patio con esto —dijo Ana y le mostró los restos del cigarrillo.

Nos quedamos todos en silencio mirándonos las caras. Yo tiritaba de nervios, como cuando te dan una noticia terrible y a lo único que atinas es a ir al baño a cada rato.

—A ver, anda repartiendo tonteras que nadie sabe qué son ¡y me dicen que más encima fuma marihuana! —Diego estaba enfurecido.

—¿Qué reparte esta niña? —Paula se puso más pálida aún; la respiración se le notaba agitada.

—No sabemos bien qué; hace unos días atrás la Violeta rompió un paquete que la Sofi tenía que entregar y quedó un polvo blanco esparcido por el patio. Parecía harina o talco, no sé —contestó Ana.

Como todo se estaba complicando, no me quedó otra que contar lo que Sofía me dijo en secreto, aunque yo le había jurado no decírselo a nadie. Pero

ahora no tenía alternativas y tuve que contar con lujo de detalle todo lo de Julio y los trabajitos de repartir bolsos por todas partes, por los que le pagaban cinco mil pesos por entrega. A lo que agregamos (porque ahora hablábamos todos) que necesitaba trescientos mil pesos para pagar el paquete que había perdido, y que nosotros la estábamos ayudando a juntar la plata.

Paula me miraba con la boca abierta. Se le fue quitando lo pálida y se puso roja como tomate de furia. Diego fue a su casa y trajo lo que habíamos conseguido rescatar de los restos del paquete que rompió la cachorrita de mi abuela. Mi tía abrió la servilleta y tomó un poquito del polvo con dos dedos, lo miró detenidamente y con la punta de la lengua probó apenas una pizca.

—Esto es cocaína —Paula puso cara de horror.

—¿Estás segura? —le preguntó Ana titubeante.

—Soy ingeniera química, sé lo que es cocaína —repuso mi tía enojada.

El corazón me saltaba tan fuerte que pensé que saldría disparado de mi pecho. Paula se paró del sofá, nos hizo una seña para que la siguiéramos y salimos de la casa sin decirle nada a la Normi. Subimos al auto de mi tía y partimos. No hablamos una sola palabra hasta que nos estacionamos frente a la

Comisaría. Bajamos todos y la seguimos mientras caminaba rápido y decidida, abriéndose paso entre la gente que entraba y salía con cara de aporreada (me imagino que nadie viene a un lugar como éste por el puro gusto). En un rincón había una de esas cosas para sacar número de atención Paula tiró del papelito y le salió el número 54, miró la pantalla que indicaba el 13, nos dio una mirada llena de furia y nos hizo una seña para que la siguiéramos. Nosotros continuábamos callados; supongo que los cuatro nos sentíamos culpables de lo que estaba pasando por no decir nada a tiempo. Mi tía se ubicó frente a los escritorios de atención al público, y apenas se paró una señora que lloriqueando estaba poniendo una denuncia por robo, se sentó en el asiento sin esperar que el carabinero cambiara el número de atención. El policía la quedó mirando con cara de pocos amigos y consultó la pantalla de su computador.

—¿Su número es el catorce? —le preguntó.

—No, tengo el cincuenta y cuatro —le dijo mi tía con cara de enojo.

—Tiene que esperar su turno —El carabinero era bien mandón.

—Vengo a denunciar un secuestro —la voz de Paula salió más mandona que la del carabinero.

Al escuchar la palabra secuestro, al carabinero le dio lo mismo el número que tenía Paula, la quedó mirando, hizo una llamada telefónica y luego le pidió que lo acompañara. Caminamos por los feos y helados pasillos de la comisaría, subimos una escalera y entramos a una oficina en donde nos esperaban otros dos policías. Desde ese momento tuvimos que contar como mil veces lo que había pasado, lo del auto rojo con los tipos raros, los paquetes que repartía Sofía y hasta eso de que la pillamos fumando marihuana la noche anterior. Yo estaba agotada porque los policías nos preguntaban lo mismo a cada rato, aunque en distintas formas. No sé si no nos entendían o no nos creían. Tuvimos que darles la dirección y el teléfono de la mamá de Sofía, tras lo cual nos mandaron a esperar sentados afuera. A mí ya me había empezado a dar hambre, pues pasaba el tiempo y seguíamos sentados esperando no sé qué. De pronto apareció la mamá de Sofía; venía llorando agarrada al brazo de una carabinera y cuando pasó frente a nosotros nos quedó mirando y se puso a llorar con más ganas. No sé por qué me dio vergüenza, como si nosotros fuéramos los responsables de todo, como si le hubiéramos hecho algo a la Sofí.

Por fin nos hicieron pasar nuevamente a la oficina, donde tuvimos que contar toda la historia otra vez, mientras la mamá de Sofía nos miraba y movía la cabeza incrédula.

—Mi Sofita —decía entre sollozos.

—Calma, señora, la encontraremos —la carabinera la consolaba, pero ella seguía llorando.

Ya era como el medio día cuando nos dejaron irnos. En el auto acordamos que no le contaríamos nada a la Normi, pues Paula dijo que mi abuela está muy viejita y que con una rabia como ésta le puede dar quizás que patatús. Yo no encuentro que la Normi esté tan vieja, pero prefiero que no le contemos nada hasta que todo esto se arregle. Cuando llegamos, Milo y Diego se fueron a su casa mientras Ana y yo nos encerramos en el dormitorio sin hablar.

(EN LA NOCHE)

No aguanté esto de estar metida en casa sin saber qué estaba pasando con Sofía. Aunque le había prometido a Paula no meterme en más enredos, tenía una punzada desde el corazón a la guata que ni siquiera me dejaba comer. Después de un almuerzo todo fingido (hacíamos como que no pasaba nada para que la abuela no sospechara), dije que estaba muerta de

sueño y que quería dormir una siesta. Para no molestar a nadie, inventé que me quedaría en la guarida. Me fui a la pieza de atrás, puse un saco de dormir sobre el sofá y lo llené con ropa y una almohada para que pareciera que estaba acostada dentro de él. Cuando no escuché ruidos cerca, salí de la pieza por la ventana, me encaramé al muro que separa la casa de la calle y de un salto caí en la vereda; me sacudí, acomodé la ropa y seguí caminando por la calle, como si nada. Al llegar a la casa de Sofía no vi ningún movimiento extraño, todo estaba calmado; imaginé que habría al menos una patrulla de la policía, pero nada. Me armé de valor y toqué el timbre; al instante salió la mamá de Sofía con los ojos hinchados de tanto llorar.

—¡Hola! ¿Puedo pasar? —le dije, llena de esa vergüenza que no me podía quitar.

—Claro —contestó la señora y me abrió la puerta.

—Nosotros sólo queríamos ayudar a Sofía —le dije mientras caminábamos hacia el interior de la casa.

—Lo sé —la señora me quedó mirando con los ojos empañados, me indicó un sillón para que me sentara y se acomodó junto a mí.

—Yo no sabía que fumaba marihuana —la mamá de Sofía me tomó las manos. Le corrían las lágrimas por las mejillas, dio un suspiro y me abrazó sollozando

de tal forma que me contagié y ambas nos quedamos abrazadas llorando.

—¿Sabes, Ema?, he estado pensando el día entero en lo que pasó —la mamá de Sofía se secó las lágrimas con las mangas de su chaleco, sorbeteó los mocos y se acomodó el pelo detrás de las orejas—. No sé por qué esta niñita hace estas cosas; antes ella no era así, no: era obediente, buena alumna, responsable y ahora... mira con lo que salió —no pudo seguir hablando porque le dio otro ataque de llanto.

—Va a ver que todo se arreglará —le dije, intentando consolarla.

—Tú no sabes lo difícil que es criar hijos, no te imaginas cómo me ha costado seguir manteniendo la casa después que el papá de Sofía se fue. Trabajo tanto para poder pagar el colegio, la universidad de mi otro hijo y todas las cosas que necesitan —la señora hablaba entrecortado—. Pero la Sofita siempre quiere más, quiere las cosas que tienen sus compañeros, ropa de marca y a la moda, y yo no se las puedo dar. Me da mucha pena no tener plata para comprarle todas esas cosas; nunca pensé que esta niñita iba a ponerse a repartir droga para conseguir plata —se acurrucó en el sillón y siguió llorando desconsolada.

Yo no sabía qué hacer; le acaricié la cabeza y me paré. Salí al pasillo y lo recorrí hasta dar con la cocina, tomé un vaso, lo llené de agua y se lo llevé.

—Señora, me tengo que ir, pero le juro que encontraremos a Sofía —mis palabras fueron tan decididas que la mamá de Sofi me quedó mirando, se paró del sillón y me dio un abrazo.

—Gracias —dijo. Le di un beso de despedida y salí.

Caminé de regreso muerta de frío; como salí a escondidas de casa ni siquiera me había puesto una chaqueta. No era muy tarde pero el cielo estaba oscuro, amenazaba lluvia y las luminarias de la calle ya se habían encendido. La gente caminaba apurada, arropada en sus chaquetones; por mí no pasaba el tiempo, mis pasos eran cansinos, como si intentara encontrar a Sofía en las copas desnudas de los árboles. De pronto desaparecieron los ruidos de los autos y los pasos de la gente a mi alrededor y la imaginación me hizo ver a mi amiga desaparecida caminando apenas unos metros delante de mí, con una mochila llena de esa porquería que ahora la tenía metida quizás en dónde.

Ella me había dicho que no sabía qué era lo que entregaba y yo le creí sin tener razones para dudar. ¿Será que siempre creo todo lo que me dicen? Me



han dicho que la marihuana es mala, pero no sé si es mala en realidad porque los adultos también dicen que tomar alcohol es malo y ellos siempre toman en las fiestas o por puro gusto cuando llegan del trabajo. Yo veo lleno de gente el bar del hotel que administra mi papá en Punta Cana, más lleno que las piscinas o los restaurantes. Cuando en el colegio hablaban de drogas, casi nunca ponía atención porque el tema lo encontraba una verdadera lata; recuerdo que nos mostraban diapositivas con personas raras, chasconas, sucias, no niños como nosotros. Sofía fuma marihuana, pero es igual a Ana o a mí, tiene una mamá que la cuida y la quiere mucho. Yo pensaba que sólo las personas que estaban solas se metían en estas cosas, pero parece que no. Todo esto me confunde, ya no sé que pensar.

Llegué frente a la muralla de la casa de mi abuela cuando estaban empezando a caer unas gotas de lluvia, me trepé nuevamente por el muro y entré por la ventana de la pieza del fondo. Todo parecía en calma; saqué la ropa y las almohadas que había metido en el saco de dormir, me despeiné un poco y salí de la pieza con cara de sueño. Por suerte nadie se dio cuenta que había estado afuera.

Era de noche cuando Milo y Diego tocaron el timbre; Ana los había llamado por teléfono para que conversáramos sobre todo lo sucedido. Nos fuimos a nuestra guarida y nos acomodamos sobre los sacos de dormir, que todavía permanecían en el suelo.

—Fui a ver a la mamá de Sofía —les dije apenas nos sentamos.

—¿Cuándo? —preguntó Ana con cara rara.

—En la tarde, a la hora de la siesta.

—¿Qué te dijo? —preguntó Milo.

—Está súper triste, lloró todo el rato. Me dijo que no sabe cómo Sofía se metió en este medio problema.

—Cuando le contamos a mi mamá lo de Sofía, casi se murió de espanto —comentó Diego—, y dijo que encontraba raro que siempre anduviera con cosas caras, como las zapatillas con ruedas, porque su mamá no tiene mucha plata. También contó que han hablado en las reuniones de apoderados y que su mamá siempre dice que tiene que trabajar demasiado para poder mantener a sus hijos —concluyó Diego con cara de niño que todo lo sabe.

—La mamá de Sofía me dijo lo mismo: que ella se sentía súper mal de no poder darle las cosas que ella deseaba y que nunca se dio cuenta de nada raro en su hija —añadí.

—¿Se acuerdan de cuando la fuimos a buscar a su casa, al día siguiente que la perrita rompió el paquete? —preguntó Milo.

—Sí —contestó Ana.

—¿Se fijaron que Sofía se puso ropa gastada, no la que usa cuando sale y su mamá no está? —Milo tenía cara pensativa.

—Es obvio: su mamá estaba cuando salió, por lo que no podía ponerse las cosas que tenía escondidas en la caja de plástico bajo la cama —Ana puso su típica cara de inteligente.

—Espero que la encuentren pronto —dijo Milo, apesadumbrado.

Yo escuchaba a mis amigos hablar sin parar; la habitación estaba cálida aunque llovía, pues habíamos encendido una estufa eléctrica. Yo no podía dejar de pensar en Sofía, en dónde estaría, si tendría frío o hambre. Y me decidí.

—¿Quién quiere ir conmigo a buscar a Sofía? —las palabras se escaparon descontroladas de mi boca.

—¿Qué dices? —Ana me quedó mirando aterrada.

—Tenemos que hacer algo, chicos, se lo prometí a la mamá de Sofía —dije con cara de súplica.

—Esto lo está viendo la policía, Ema; nosotros no podemos hacer nada —Ana ya no quería más problemas.

—Oye, esto es peligroso —Diego me quedó mirando con cara seria—. Son delincuentes —afirmó.

—No perdemos nada con tratar de encontrar al colorín; lo ubicamos y se lo informamos a la policía, nada más —Yo seguía tratando de convencerlos.

—¡No! —la voz de Diego sonó rotunda.

—¿Y tú, Milo? —Milo miró a su hermano, que negaba con la cabeza.

—Es mi amiga, yo voy contigo —respondió.

—Ana... —la quedé mirando.

—Está bien —su respuesta fue apenas un murmullo.

—Diablos, tú sabes que no te puedo dejar solo —Diego miró a Milo con desagrado.

—Bien, Ana, trae todo lo que anotaste anoche, con los lugares que te nombró Sofía —le ordené.

Como buena niña aplicada, Ana trajo la libreta en la que había anotado los lugares que nombraba el colorín, las ubicaciones de repartos y los nombres de personas que podían ser de utilidad. Cuando fuimos a hacer la denuncia de secuestro no llevábamos la libreta, por lo que no pudimos dar aquellos datos a la policía.

Milo y Diego se fueron a su casa a eso de las diez de la noche, después de planear lo que haríamos al día siguiente. El único problema era que no podíamos

decir nada en nuestras casas: si lo hacíamos no nos dejarían ir ni a la esquina. Dependíamos de que no lloviera para pedir permiso para salir a andar en bici por el barrio. Ahora estoy rezando para que mañana sea un lindo día.

VIERNES 27 DE JULIO (EN LA MAÑANA)

Por poco la Normi se entera de todo. Mi abuela tiene la manía de levantarse temprano y hoy nosotras también saltamos de la cama a eso de las siete de la mañana, pues teníamos muchas cosas que hacer. Cuando fuimos a la cocina a comer algo, nos encontramos con mi abuela preparando el desayuno para Paula, quien tenía que hacer unos tramites antes de volver a Chillán. Conversábamos con Ana de las pocas vacaciones que nos quedaban ya que debíamos volver a Republica Dominicana el sábado de la semana siguiente cuando, en el televisor en blanco y negro que tiene la Normi para ver las noticias en la mañana mientras hace las cosas, escuchamos: "Una madre está desesperada por el secuestro de su hija...". Ana y yo nos pusimos pálidas: estaban mostrando la casa de Sofía y mi abuela justo se sentó a mirar la noticia. Ana, que es súper ocurrente, tomó el azucarero e hizo como que se le resbalaba de

las manos y el azúcar quedó esparcida en el piso. Con el golpe, la Normi dejó de mirar la tele y fue a ayudar a Ana a recoger el despelote que quedó, mientras yo aprovechaba para cambiar de canal sin que se diera cuenta. Quedamos tiritando de nervios, pero al menos mi abuela no se enteró de nada.

Nota: Por suerte no llueve y el pronóstico del tiempo dice "parcialmente nublado". Ya pedimos permiso para salir con los chicos y nos dijeron que bueno. Espero que todo salga bien.

SÁBADO 28 DE JULIO

Me he hecho un tiempo para escribir mientras ordeno mis cosas en la maleta. Ayer, a las nueve de la mañana en punto, salimos con Milo y Diego en nuestras bicicletas. Lo primero que hicimos fue ir a la plaza Egaña para preguntarle al señor del kiosco de diarios si había visto a un tipo colorín por el sector. El señor nos quedó mirando con cara de perdido y nos dijo que no. Después nos encaminamos a la casa de Sofi, pero ni nos acercamos a ella porque vimos que el lugar estaba lleno de gente; me imagino que eran periodistas pues tenían cámaras y micrófonos y a todo el que se acercaba lo agarraban y le empeza-

ban a preguntar cosas. Decidimos que lo mejor sería alejarnos de ahí.

—¿Qué hacemos? — les pregunté a los chicos en un momento en que nos detuvimos en una luz roja.

—Yo creo que debemos ir al dieciocho que nombró la Sofí —dijo Ana.

—Pero no sabemos qué es ese dieciocho —señaló Milo.

La noche en que Ana anotó los lugares que nombraba Sofía, ésta contó que Julio le había dicho más de una vez que tenía que ir donde el jefe, al dieciocho. El problema era que no sabíamos qué significaba ese número. A Milo se le ocurrió entonces que fuéramos a un cyber café que estaba cerca y viéramos en Internet que podía ser ese famoso número. Luego de pasar por el supermercado y dejar las bicicletas aseguradas con una cadena, en una especie de reja para guardar bicis, caminamos una cuadra y entramos en el cyber. Los cuatro nos sentamos frente a uno de los computadores; Diego entró en un buscador de direcciones que se llama Mapcity y puso “dieciocho”. Salieron demasiados lugares, desde calles y cerros, hasta unos paraderos de avenidas que tenían números.

—¿La Sofía dijo algo más aparte de dieciocho? —preguntó Diego, que tecleaba como loco.

—Que estaba súper arriba —dijo Ana, y Diego comenzó a descartar lugares.

—Aquí dice “Cerro Dieciocho” en Lo Barnechea —Diego puso cara de triunfo.

Para llegar al famoso Cerro Dieciocho los chicos abrieron previamente un mapa lleno de rayitas de todos colores, que no sé cómo lo entienden, y tomamos el Metro en plaza Egaña, luego hicimos una combinación con otra línea, y después nos subimos a una micro que nos dejó como a cinco cuadras del que creíamos nuestro destino, pues ninguno de los cuatro es bueno para andar en micro. Desde que me fui de Chile ha cambiado todo y Santiago ya no es ni parecido a como era antes, cuando las micros amarillas llegaban a los lugares más remotos y bastaba con preguntarle al chofer “pasa por...” y éste te decía al tiro sí o no. Está claro que Ana no entiende nada, porque conoce muy poco la ciudad.

La caminata fue tremenda, ya que era de subida y me dolían tanto las piernas que apenas la pude resistir. Me llamó la atención la avenida por la que caminábamos, porque parecía una división de la ciudad; a un lado se podían ver casas hermosas y edificios elegantes, protegidos por grandes muros y cercos eléctricos, mientras al otro lado se encontraba

el cerro lleno de diminutas casitas hechas de maderas y palos viejos con techos oxidados, que parecía que en cualquier minuto podrían rodar cerro abajo. Todo separado por una calle que rugía con el paso de los autos, como si estuviera viva.

Nos detuvimos en medio de la vereda sin saber hacia dónde dirigirnos; el Cerro Dieciocho resultó ser mucho más vasto de lo que imaginábamos. De pronto vi a un par de niños y a su nana corriendo tras un perrito, al que llamaban desesperados sin que el animal les hiciera caso. En su carrera, el cachorro quedó desorientado en medio de la calzada. Los autos trataban de esquivarlo y yo me desesperé al imaginarlo atropellado, y sin pensarlo dos veces corrí en medio de los autos para intentar rescatarlo. Sé que hice mal porque por muy poco no me atropellaron a mí. Fue algo que no pude evitar pues era como si mis pies tuvieran vida propia y pensarán por su cuenta. Milo y Diego me gritaban como locos para que volviera, en tanto que Ana salió corriendo tras de mí. Aunque por suerte el perro logró cruzar la calle sin que le pasara nada, yo seguí corriendo como si algo superior me impulsara a que continuara haciéndolo.

Ana casi me pisaba los talones, pero no logró detenerme porque giré de improviso y comencé a subir

el cerro por unos callejones estrechos y plagados de basura, cuyo hedor se mezclaba con el olor de la lluvia que comenzaba a caer. El camino tenía un sinfín de vueltas, sin embargo yo seguía corriendo cerro arriba, sin cansancio, sabiendo sólo que tenía que continuar. El perro había desaparecido de mi vista y de pronto, cuando miraba con desesperación a mi alrededor las casas, las latas y los cercos de madera, vi un camión oxidado sin ruedas en medio de un sitio vacío. Al mirar hacia atrás, divisé a Ana agachada con las manos en las rodillas, jadeando de cansancio, mientras intentaba gritarme algo sin que le saliera la voz. Ya no eran gotas las que caían del cielo sino que una lluvia intensa. Sin saber por qué, caminé decidida hacia el camión que estaba apenas a unos metros y me encaramé en el peldaño que accedía a la cabina. Abrí la puerta, que cedió con un chirrido, y casi caigo de espaldas por la sorpresa: Sofía yacía recostada en el asiento, amarrada y con una mordaza en la boca. Bajé los escalones cuidadosamente, intentando no hacer ruido; le hice una seña a Ana, que seguía agachada apoyada en las rodillas, pero ella no reaccionó. Regresé a la cabina del camión para liberar a Sofía de sus ataduras y ambas salimos de su prisión sin decir palabra. Al vernos, Ana puso cara de pánico y las tres

comenzamos a correr, desesperadas, cerro abajo. A medio camino nos topamos con dos niños que, al ver que huíamos, corrieron hacia unas casas de más arriba y, de la nada, apareció el colorín Julio y uno de los tipos que habían agarrado a Sofía en la calle.

Descendimos a la carrera hasta los pies del cerro. Allí nos esperaban Milo y Diego.

—¡Sofi! —gritó Milo de alegría.

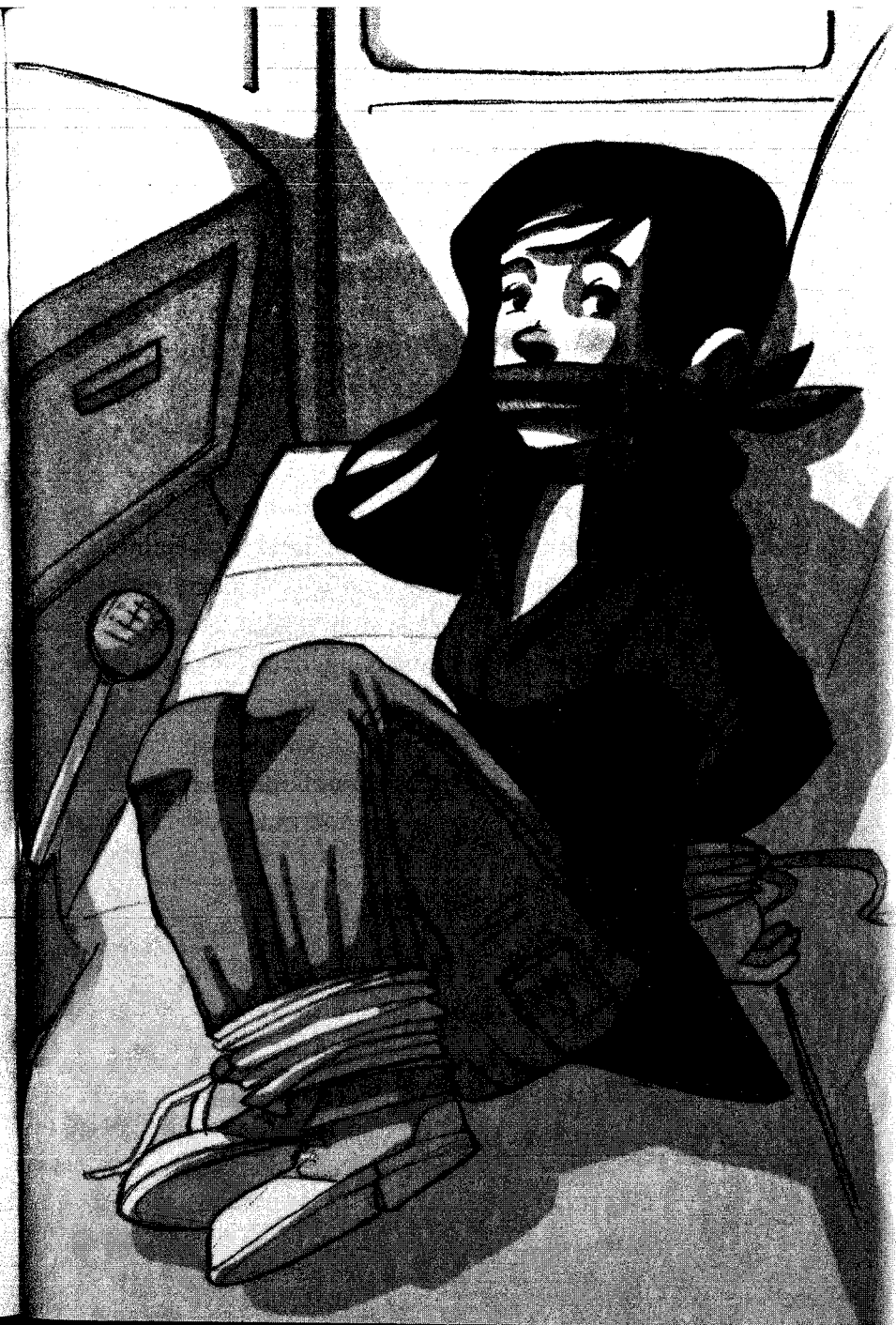
Lo agarramos de un brazo y seguimos corriendo sin un destino definido. El par de hombres venían ya muy cerca y no sabíamos qué hacer.

—¡La micro! —gritó Diego. Se aproximaba un bus por la avenida que divide esa parte de la ciudad.

Ana bajó a la calzada y se puso delante del microbús para obligarlo a detenerse. El conductor abrió la puerta para lanzarnos un reto monumental, oportunidad que aprovechamos para subirnos.

—Por favor, señor, parta lo más rápido que pueda —le suplicó Diego, con tal cara de pánico que el chofer hizo partir al bus dejando atrás al par de tipos.

Nos sentamos en la última fila de asientos del micro, donde pudimos acomodarnos los cinco. Estábamos mojados y tiritábamos no sabíamos si de frío o de miedo. Sofía, que se veía sucia, mojada y chascona, quedó entre nosotras dos. Ana la abrazó y yo le cogí una mano, que sentí muy helada.



—¿Cómo estás? —le preguntó Ana.

Sofía la miró por un instante y, como si hubiese recordado todo lo malo, se puso a llorar desconsoladamente.

Descendimos del Metro a eso del medio día. Habíamos acordado ir donde la Normi; la casa de Sofi estaría seguramente llena de periodistas, así es que nos pareció mejor comunicarnos con su mamá desde un lugar más tranquilo. Todo iba bien hasta que al subir las escaleras de la estación vimos a Julio: su pelo rojo escapaba de su gorro de lana y tenía a su lado al tipo engominado de la chaqueta negra, quien aspiraba con desesperación un cigarrillo. Ambos se movían inquietos, como si esperaran a alguien; lo más seguro que a nosotros.

—Paren —dije tirando a Sofía por un brazo para detenerla.

—¿Qué pasa? —preguntó Milo.

—Mira —le indiqué la salida del Metro, donde estaban los tipos.

—¡Chuta! ¿Qué hacemos? —dijo Diego, mientras nos devolvíamos lentamente por las escaleras confundiéndonos con la gente.

No es fácil pasar desapercibida cuando una de tus amigas es de color chocolate y tú eres rubia y de piel

tan pálida como papel. Apenas comenzamos a bajar las escaleras, los tipos nos vieron y salieron tras de nosotros. No corrían, más bien caminaban rápido, casi al trote; el colorín llevaba un celular y hablaba sin perdernos de vista. Trotamos por los pasillos del Metro para salir al otro lado de la calle, pero no nos resultó, ya que el otro tipo que vimos cuando raptaron a Sofía venía corriendo desde esa salida. Estábamos en el medio: delante nuestro se acercaba el segundo tipo dando zancadas entre la gente, sin importarle empujar a quien se le cruzara y, tras de nosotros, corrían el colorín y el engominado. Hacia un lado teníamos un muro bajo que daba directo a las líneas del tren y hacia el otro, los torniquetes y portezuelas de salida. Diego intentó ubicar a un guardia pero, como nunca, no había nadie, sólo la gente que caminaba apurada en todas direcciones. Yo traté de hablarle a un señor que tenía cara de buena persona, pero no me hizo ni caso. Parece que la gente vive encerrada en su mundo, sin importarle nada de lo que pasa a su alrededor.

—¡Vamos al andén! —les grité a los chicos, desesperada.

Tuvimos que pasar por debajo de los torniquetes porque no teníamos tarjetas; como no había ningún guardia, nadie nos detuvo. Los tres hombres, ahora

juntos, pasaron sobre la barrera de un salto, mientras nosotros bajábamos corriendo las escaleras e intentábamos ocultarnos entre la gente. Aunque el andén estaba lleno, igual nos vieron y el tren no aparecía. Los tipos nos seguían con cara de furia apenas a unos pocos metros y nosotros no íbamos a poder seguir evitándolos porque se nos terminaba el andén. En medio de la desesperación, hice un nuevo intento de hablarle ahora a una señora, pero creo que yo tenía una pinta tan desastrosa que me quedó mirando y se corrió sin escucharme. “¿Qué hacemos?” pensé y de pronto me acordé que cuando alguien roba, de inmediato la gente se abalanza sobre el delincuente. Me acerqué entonces a un tipo con cara de ejecutivo bancario y le tiré el maletín descaradamente; el hombre me quedó mirando y luego me dio un empujón que por poco me tira al suelo, mientras otro señor me agarraba de los brazos. Cuando los chicos intentaron defenderme, también los agarraron y se armó la tremenda pelotera. —¡Guardias, guardias!— gritaba una señora gordita, a todo pulmón, gracias a lo cual aparecieron corriendo cuatro hombres de pantalón negro y casaca amarilla, con garrotes en las manos.

Antes de diez minutos nos tenían a los cinco en una oficina del Metro, de pie en un rincón esperando que

llegaran los carabineros. El señor al que le intenté quitar el maletín hablaba con los guardias en una salita junto a la oficina, haciendo muecas y moviéndose nervioso, mientras yo lo observaba por entre las persianas a medio abrir de la ventana. Los cinco nos miramos y nos pusimos a reír: al fin nos habíamos zafado de nuestros perseguidores. El guardia que nos vigilaba debe haber pensado que estábamos un poco locos.

Suponíamos que cuando les explicáramos a los carabineros que todo lo habíamos hecho para llamar la atención y escapar de unos delincuentes que nos perseguían, nos encontrarían brillantes y nos dejarían regresar a casa. Pero no nos creyeron nada y nos llevaron en una patrulla hasta la misma comisaría en donde denunciarnos el secuestro de Sofi. Nos dejaron en una oficina tipo celda, con una mesa y unas pocas sillas, aunque sin rejas ni nada de eso que se ve en las películas sino que sólo una ventana con barrotes y una puerta inmensa. Permanecimos solos un buen rato, el que aprovechamos para hablar.

—Qué día —dije, imaginándome lo que nos esperaba aún.

—Ahora sí que van a castigarnos al menos por un año —le dijo Diego a Milo, que estaba sentado con aspecto pensativo.

—¿Y qué importa? Sofía está bien y con nosotros —le contestó Milo.

—¿Mi mamá lo sabe? —Sofía no había hablado hasta ese momento.

—Sí —le contestó Ana.

—¿Qué sabe?

—Todo —respondí.

—¿Qué dijo? —Sofía me miró con cara de susto.

—Mira, ha llorado como mil horas. Dice que no entiende por qué te metiste en estos enredos y está muerta de miedo; dice eso y otras cosas más de las que ahora no me acuerdo —repuse.

Sofía se había levantado de la silla y caminaba inquieta de un lado al otro.

—¿Qué te hicieron, Sofi? —preguntó Ana con voz tierna.

—Después que me subieron al auto me amarraron y me taparon la boca, mientras me llevaban agachada en el asiento para que no me vieran desde la calle. Luego llegamos a ese peladero en donde ustedes me encontraron, me metieron en el camión y me dejaron ahí. Una señora me llevó un pan con mantequilla, me sacó más tarde para que hiciera pis al lado del camión y después me echó encima una manta para que pasara la noche. Unas horas después llegaron ustedes.

—Pasó todo un día, ¿no te hicieron nada más? —seguí preguntando.

—No me hicieron nada más. Eso sí que dormí mucho; creo que pusieron algo en el pan.

—¿Por qué te metiste en estos enredos, Sofi? —Milo la quedó mirando muy serio.

—Puchas, Milo, estaba aburrída de ser la compañera que nunca tenía plata para comprar en el kiosco, de tener ropa vieja, de que mis libros fueran usados. Cada vez que le pedía algo a mi mamá, terminábamos peleando porque ella lo único que sabe decir es “no tengo plata”. Cuando Julio me ofreció repartir esos paquetes, nunca pensé que se trataba de algo malo. Te juro, Milo, que no sabía lo que era —Nos quedamos callados.

—Sofi, tampoco nosotros tenemos plata. Tú sabes que nuestro papá murió y que mi mamá compra lo justo; pero somos felices porque nos tenemos unos a los otros y las cosas materiales no son tan importantes —Diego sacó voz de consejero.

—Sé que la embarré —a Sofía le corrían las lágrimas por las mejillas.

—¿Y lo de fumar marihuana? —Diego se paró frente a ella.

—¿Qué? —Sofía nos lanzó una mirada inquisidora.

–Ema y Ana nos contaron que fumabas –Diego seguía parado ante ella.

–¿Quién te dio marihuana? –preguntó Milo.

–Julio. Un día estábamos conversando en la placita que está cerca de mi casa, cuando sacó un cigarrillo –yo pensé que era de los corrientes– y se puso a fumar. Me ofreció uno; al comienzo le dije que no, pero él insistió y yo le di una probadita. Casi me ahogué y después de tres aspiradas me empecé a sentir muy extraña: era como entretenido, me daban ganas de hacer bromas y de reírme. Antes de despedirnos, me regaló dos pitos que guardé en el bolsillo. Había olvidado que los tenía hasta que una noche en que mi mamá estaba trabajando y mi hermano estudiaba en su pieza, los encontré y encendí uno, al que le di unas aspiradas locas. Pasaron como dos semanas en que fumaba un poquito en la noche para que me diera sueño y sentirme como en las nubes.

Todos escuchábamos atentos lo que Sofía nos contaba.

–¿Sigues fumando? –Ana lo preguntó seria.

–Después ya no me la regaló, así es que tuve que comprarle la hierba a Julio –respondió.

–¿Cada cuánto tiempo fumas? –siguió Ana.

–Cuando tengo problemas.

–¿Cada cuánto tiempo, Sofía? –Ana insistió.

–Casi todos los días –Milo se tomó la cabeza y la movía para ambos lados.

–¿Nunca te han dicho que hace mal, que te mata las neuronas? –Ana se escuchaba furiosa.

–Oye, no exageres, si no pasa nada –respondió Sofía.

–Bueno, lo de la marihuana también lo sabe tu mamá –Ana estaba enojadísima.

No pudimos continuar hablando porque la puerta se abrió y entró la mamá de Sofía, quien se abalanzó sobre ella llorando y dándole besos. Tras ella venía la Normi y la mamá de los chicos con caras de pocos amigos. Los adultos firmaron un montón de papeles antes de que pudiéramos dejar la comisaría.

No supe lo que les dijeron a Diego y Milo, pero a nosotras, entre la Normi y la Paula nos agarraron y nos retaron todo el camino hasta la casa y el resto del día que, por suerte, quedaba poco. La Paula llamó a mi mamá a Dominicana para contarle que estábamos metidas en problemas con narcotraficantes y que la policía les había recomendado sacarnos lo antes posible de la ciudad; no habían logrado dar con los delincuentes y la investigación podía tomar mucho tiempo, así que nos mandaría de vuelta en el primer avión. Yo estaba sentada al lado de mi tía mientras hablaba por teléfono y podía escuchar los gritos desesperados de mi papá y de mi mamá.

Por suerte la Normi no sigue enojada con nosotras. Entendí todo lo que le contamos y lo único que no le gustó fue que no confiáramos en ella. Lo que no sé es cuánto le durará la rabia a la tía Paula, que ahora tiene que llevarse por unos días a mi abuela y a todo su zoológico a Chillán para alejarse de los problemas que quedaron aquí.

No he visto a los chicos, creo que se fueron al campo; de Sofía tampoco sabemos nada.

Nota: Intentaré continuar escribiendo más tarde; ya son las once de la noche y aún no he terminado de hacer mi maleta. El vuelo parte a las siete de la mañana, pero esta noche no podré dormir,

DOMINGO 29 DE JULIO

El avión despegó hace como media hora. Ana duerme a mi lado; antes de cerrar los ojos me quedó mirando con cara de lata y me dijo: —Me tienes que contar más sobre Chile, cómo es la nieve y todas esas cosas. Me da vergüenza llegar a Dominicana y tener que decir que casi no conocí el país por andar metida en enredos. —Yo la miré con un poco de pena: no es entretenido viajar un montón de horas en avión para llegar al fin del mundo y conocer apenas la casa de mi

abuela y un par de cosas de Santiago. Como se durmió súper rápido, no le pude decir que me comprometía a invitarla nuevamente a Chile, pero que antes de partir planificaríamos todo un tour. Ya estoy pensando en cómo hacerlo y creo que resultará bacán.

Debería estar contenta de viajar por primera vez en clase ejecutiva; fue lo único que encontró disponible la Paula para hoy. Pero no puedo disfrutar de los asientos de cuero espaciosos y las cositas ricas que nos traen para tomar y comer a cada rato, porque estoy pensando en la que me espera en Dominicana con mis papás. También pienso en Sofía, quien nos llamó antes de salir hacia el aeropuerto para darnos las gracias y despedirse. Nos contó que se iría con su papá a Puerto Montt por lo que queda de año, que allí terminará el colegio y, me imagino, verá a un sicólogo para que le quite lo de la marihuana y el trauma que le debe haber quedado con lo del secuestro. No dijo mucho más, sólo que estaba feliz de tener dos nuevas amigas, y luego colgó.

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS EN ESTA COLECCIÓN

TÍTULOS DE LITERATURA CHILENA

- | | |
|--|--|
| <i>La chacra de don Candelario</i>
Isidora Aguirre | <i>Cuentos de siempre para niños de hoy</i>
Floridor Pérez |
| <i>Florecia en su parque de Diversiones</i>
Claudia Pélessier | <i>El crimen de la calle Bambi</i>
Hernán del Solar |
| <i>Todo por una amiga</i>
Angélica Dossetti | <i>Cuentos chilenos</i>
Blanca Santa-Cruz |
| <i>Antología de poesía infantil</i>
Dorys Zeballos | <i>Contar con los dedos</i>
Jorge Díaz |
| <i>Cien fábulas fabulosas</i>
Selección de Juan Andrés Piña | <i>Cuentos para sonreír</i>
Saúl Schkolnik |
| <i>La casita de cristal</i>
Carmen de Alonso | <i>Cuentos mapuches del Lago Escondido</i>
Manuel Gallegos |
| <i>Un viaje inesperado</i>
Angélica Dossetti | <i>El País de las Ausencias</i>
Beatriz Concha |
| <i>La Porota</i>
Hernán del Solar | <i>Cuentos del tío Juan, el zorro culpeo</i>
Saúl Schkolnik |
| <i>De miedos y pájaros</i>
Saúl Schkolnik | <i>El hacedor de juguetes y otros cuentos</i>
Manuel Peña Muñoz |
| <i>Cuentos de mi escritorio</i>
Juan Tejada | <i>Cuentos para adolescentes románticos</i>
Saúl Schkolnik |
| <i>Cuentos a Beatriz</i>
Ester Cosani | |
| <i>Cuentos de los derechos del niño</i>
Saúl Schkolnik | |

- | | |
|--|--|
| <i>El perro virtual y otros cuentos</i>
María Silva Ossa | <i>Policarpo y el tío Pablo</i>
Poli Délano |
| <i>Cuentos transversales</i>
Saúl Schkolnik | <i>Policarpo en Manhattan</i>
Poli Délano |
| <i>Memorias de una sirena</i>
Hernán del Solar | <i>Aventuras del Duende Melodía</i>
Alicia Morel |
| <i>Cuentos para tiritar de miedo</i>
Saúl Schkolnik | <i>La bruja Aguja y otros cuentos</i>
Ana María Güiraldes |
| <i>Los mejores cuentos para niños</i>
María Eugenia Rojas | <i>Enanos y gigantes</i>
Hernán del Solar |
| <i>Érase una vez un hermoso planeta llamado Tierra</i>
Saúl Schkolnik | <i>Cuentos para Marisol</i>
Marta Brunet |
| <i>Rosita Sombrero</i>
Beatriz Concha | <i>La Hormiguita Cantora y el Duende Melodía</i>
Alicia Morel |
| <i>Mac, el microbio desconocido</i>
Hernán del Solar | <i>Medallones de sol; medallones de luna</i>
Carmen de Alonso |
| <i>Navegancias</i>
Floridor Pérez | <i>Polita en el bosque</i>
Alicia Morel |
| <i>Las aventuras de Totora</i>
Hernán del Solar | <i>Yin-Yin. Tiki y la orquídea</i>
Myriam Yagnam |
| <i>¡Hay que salvar a Sole!</i>
Angélica Dossetti | <i>El baile del Picaflor y otros cuentos</i>
Alicia Morel |
| <i>El Club de las Cigarras</i>
Hernán del Solar | |
| <i>De brujas caprichosas y hadas desencantadas</i>
Josefina Hepp | |

TÍTULOS DE LITERATURA UNIVERSAL

- | | |
|---|---|
| <i>El principito</i>
Antoine de Saint-Exupéry | <i>El maravilloso viaje de Nils</i>
<i>Holgersson</i>
Selma Lagerlöff |
| <i>Azabache</i>
Anna Sewell | <i>Heidi</i>
Juana Spyri |
| <i>El lobo de Gubbio</i>
Raymond L. Bruckberger | <i>Corazón</i>
Edmundo de Amicis |
| <i>El pez dragón</i>
Pearl S. Buck | <i>Eres un vampiro y otros cuentos</i>
Alejandra Herbas |
| <i>El ruiseñor y la rosa y otros</i>
<i>cuentos</i>
Oscar Wilde | <i>Cuentos de Grimm</i>
Jakob y Wilhelm Grimm |
| <i>Mujercitas</i>
Louise M. Alcott | <i>Cuentos para niños</i>
León Tolstoi |
| <i>La increíble historia de Lavinia</i>
Bianca Pitzorno | <i>Cuentos de Andersen</i>
Hans Christian Andersen |
| <i>La cigüeña y las joyas</i>
Raymod L. Bruckberger | <i>Cuentos de Perrault</i>
Charles Perrault |
| <i>Hombrecitos</i>
Louise M. Alcott | <i>El mago de Oz</i>
Frank Baum |
| <i>Yu Lan, el niño aviador de</i>
<i>China</i>
Pearl S. Buck | |

